

Auge y caída del comunismo

ANTONIO FERNÁNDEZ GARCÍA
Departamento de Historia Contemporánea (UCM)

RESUMEN

El comunismo soviético es interpretado como una ideología bélica, en guerra permanente contra el enemigo exterior y el enemigo interior. Este esencialismo bélico explica que el disidente sea contemplado como traidor. Un régimen político acuñado para la lucha constante derivó en la dictadura de Stalin y la cristalización de un modelo totalitario, en cuya praxis se sometió la cultura a las propuestas del Estado-Partido y a los diferentes estratos de la sociedad rusa: cúpula (procesos), partido (purgas) y población en general (gulag). La única reforma en profundidad del régimen, la *perestroika*, hundió el edificio totalitario. Su mentor Gorbachov quizás no comprendió la naturaleza del régimen; sin enemigo exterior al poner fin a la guerra fría y sin persecución interior el monolitismo soviético perdió la clave de su arco de setenta años.

ABSTRACT

Soviet communism is interpreted as a warlike ideology, in continuous fight against outside enemy as well as against inside one. This warlike identity makes dissenter to be considered a betrayer. A political system based on a permanent fight, derived to Stalin dictatorship and performed a totalitarian model, in which praxis culture was submitted to State-Party proposals and to the different strati of russian society: cupola (processes), party (purges) and population (gulag). The only deep reform of system, the *perestroika*, sunk totalitarian building. Its guide, Gorbachov, perhaps did not understand the essence of system; without an outside antagonist once cold war ended, and without internal persecutions, soviet monolithism lost the keystone of its seventy years old arch.

«La experiencia nos dice que el momento más peligroso para un mal gobierno es de ordinario aquel en el que se comienza a reformar. Sólo un gran genio puede salvar a un príncipe que se atreve a aliviar a los súbditos después de una larga opresión» (Alexis de Tocqueville: «El Antiguo Régimen y la Revolución»).

Constituye el comunismo uno de los fenómenos definitorios del siglo xx. Edgar Morin, primero militante, posteriormente crítico y estudioso de la naturaleza de la U.R.S.S., proclamaba este carácter capital: «La aventura de la U.R.S.S. es la mayor experiencia y la cuestión capital de la humanidad moderna»¹. Una ideología elaborada en círculos académicos en el siglo xix y expuesta en sus grandes líneas en ensayos politológicos que parecían destinados a aumentar el número de los escritos utópicos, meras reflexiones de escritorio sobre una humanidad ideal, catalizó durante nuestra centuria en un ensayo político en una gran potencia, convirtiéndose en modelo para otras experiencias similares en todos los continentes. Tal ideología irrumpió con la violencia de un evangelio y fue seguida por millones de creyentes. Su triunfo en 1917 y su caída en 1989-1991 delimitan un «siglo corto», expresión de Hobsbawm de amplio eco académico, que se acopla cronológicamente a lo que William Golding denominó «el siglo más violento en la historia humana». Con la misma o mayor fuerza de proyección que el liberalismo, el comunismo definió nuevos horizontes para el hombre y la sociedad. Fue un ensayo de ingeniería política, una forma de organización de la economía, una concepción social, una antropología, y aun más una ideología jacobina que erigió una iglesia laica, como agudamente calificó Morin al partido comunista y su Aparato. Su conquista del poder, su evolución, su expansión, su declive súbito encadenan una serie sorprendente.

En coincidencia con Morin, es lógico que uno de sus más acreditados estudiosos, E. H. Carr, lo considere la experiencia más importante de este siglo, o que Hobsbawm lo convierta en el eje de su análisis global de la centuria. En las páginas, contadas y concisas, que vamos a dedicarle nos ceñiremos a varios aspectos sobresalientes, los que han suscitado debates más intensos en una historiografía que cuenta sus títulos por decenas de miles, procurando destacar las líneas maestras que condujeron a la ruína del modelo.

¹ Morín, E.: *Qué es el totalitarismo. De la naturaleza de la U.R.S.S.* Barcelona, Anthropos, 1985, p. 9. Del mismo autor: «Sobre la naturaleza de la U.R.S.S.», en VV.AA.: *El sistema soviético hoy*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1984. En la soviología crítica es conocida la fórmula de Castoriadis: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas = cuatro palabras, cuatro mentiras; en *Devant la guerre*. París, Fayard, 1981. El fracaso ha desconcertado a la izquierda mundial y se han lanzado tesis sobre la vía única hacia la democracia, la más famosa la de Fukuyama sobre «El fin de la historia», que ha recibido réplicas, entre otras la brillante de J. Fontana. Anticipamos que en este artículo se analiza no la única vía posible del comunismo sino la vía por antonomasia, la del comunismo soviético, ateniéndonos al arco «auge y caída» del título que nos han propuesto y dejando a un lado la exploración de los intentos de comunismo en sociedad plural, abortados siempre desde Moscú. La proyección mítica de la U.R.S.S. en VV.AA.: *L'U.R.S.S.; il mito, le masse*. Milán, Annali della Fondazione Giacomo Brodolini e della Fondazione di Studi Storici Filippo Turati, 1991. La imposibilidad de mantener en cuarentena una sociedad desinformada y cerrada en la era de la televisión y el distanciamiento de los comunistas europeos occidentales, en M. Ferrero: *L'Occident devant la Revolution soviétique. L'histoire et ses Mythes*. Bruselas, Complexe, 1980.

1. VERSIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA EXPERIENCIA HISTÓRICA DEL COMUNISMO

Desde 1917 la atención bibliográfica a los orígenes de la Revolución rusa y sus episodios principales ha sido constante. Los propios bolcheviques procuraron exponer por escrito los avatares de su acceso al poder y su proyecto. De los padres de la Revolución únicamente Trotski afrontó una síntesis del proceso, mientras Lenin, autor de los documentos claves de carácter táctico y de las biblias teóricas del bolchevismo, orientaba sus esfuerzos preferentemente hacia el campo de la teoría política antes que al más académico y neutro de la historia. En 1924, en «El gran debate», escritos de Bujarin, Zinóviev, Trotski y Stalin marcaron las diferentes opciones en torno al principio del socialismo en un solo país o a la exportación jacobina de la revolución².

Dentro de la historiografía que podríamos denominar tradicional se apuntaron intentos con pretensión enciclopédica, como el Diccionario de Jackson y Devlin, o se ha reconstruido el calendario de los hechos en el trabajo de Mowbray³. Entre los análisis de los historiadores siempre resultarán lúcidos el que elaboró Marc Ferro y sobre todo el estudio monumental de Edward Hallet Carr⁴. Mas sería relativamente inútil detenernos en estudios que se apoyaban en la perdurabilidad del modelo soviético.

A partir de 1991, con el desmoronamiento de la URSS, vaticinado por Paul Kennedy⁵, en este aspecto más perspicaz profeta que los grandes especialistas en historia soviética, todo ha de ser sometido a revisión, porque la caída súbita ha planteado dudas sobre la solidez del edificio. En este caso el presente actúa sobre el pasado, y el historiador, un profeta al revés, que

² Trotski, L.: *Historia de la Revolución Rusa*. Madrid, ZYX, 1974. 2 vols. De las ediciones de obras de Lenin, la más manejable: *Obras Escogidas*. 3 vols. (otras ediciones de 1 y 12 vols). Moscú, Progreso, s.a. G. Procacci (selección y presentación): *El gran debate*. Madrid, Siglo XXI, 1975. 2 vols. Versión oficial colectiva de la historiografía soviética. VV.AA.: *Problemas centrales de la Historia rusa y soviética. Nuevos estudios y enfoques*. Moscú, Academia de Ciencias de la U.R.S.S., s.a.

³ Jackson, G. y Devlin, R. (eds.): *Dictionary of the Russian Revolution*. Connecticut, Greenwood Press, 1989. Mowbray, S.A. de: *Key Facts in Soviet History*. Vol. I, 1917-1941. Londres, Pinter Publishers, 1990. Otros balances en Laqueur, W.: *The Fate of the Revolution. Interpretations of Soviet History*. Londres, Weidenfeld, 1967; Toynbee, A. J. (introducción): *The impact of the Russian Revolution, 1916-1967*. Oxford University Press, 1967; el número monográfico de «Survey» (abril de 1962), y Dewhurst, R.: «Historiographie soviétique sur la révolution d'Octobre», en *Cahiers du Monde russe et soviétique*, 1964. Incluye bibliografía Heller, M. y Nekrich, A.: *Utopia in Power. The History of the Soviet Union from 1917 to the present*. Nueva York, Summit Books, 1986.

⁴ Ferro, F.: *La Revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de Octubre*. Barcelona, Laia, 1975; *La révolution de 1917. II. Octobre. Naissance d'une société*. París, Aubier-Montaigne, 1976. Carr, E. H.: *La revolución bolchevique*. Madrid, Alianza, 1972-83. 7 vols. Otras síntesis: Chamberlain, W. H.: *The Russian Revolution*. Princeton University Press, 1987; Service, R.: *The Russian Revolution*. Londres, Macmillan, 1990; Hill, C.: *La revolución rusa*. Barcelona, Ariel, 1981.

⁵ Kennedy, P.: *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona, Plaza y Janés/Cambio 16, 1989.

profetiza los hechos después de que han sucedido, se ve inexorablemente obligado a tener en cuenta el final del drama cuando examina las escenas sucesivas y los personajes. E. H. Carr se atrevió a vaticinar un futuro⁶ para un acontecimiento al que había dedicado toda su vida; el hundimiento de 1991 ha convertido en inservibles sus vaticinios. Por ello preferimos dirigir nuestra atención hacia cuatro estudios globales, escritos cuando se había producido la caída del comunismo soviético o, en un caso, cuando se entreveía como inminente. Nos referimos a los estudios de Sokoloff, Furet, Brzezinski y Malia⁷.

El título de la obra de Georges Sokoloff, «La potencia pobre», resume perfectamente su visión de la historia rusa, una historia de atraso en el interior y de influencia en el exterior. En algún punto coincide con la profecía de Paul Kennedy. Rusia carecía de recursos suficientes y sobre todo de una experiencia histórica de libertad para convertirse en abanderada planetaria de una utopía. La desmesura y lo inapropiado de su proyecto sólo podía terminar en fracaso. François Furet, el renombrado especialista de la Revolución Francesa, abandonó su tema habitual para intentar un ensayo de interpretación del comunismo. En este caso nos encontramos ante la versión de un apóstata, un miembro del partido comunista francés en los años cincuenta y sesenta que abjuró de sus ideas para asumir una posición crítica. El ambicioso ensayo de Furet se ciñe a la idea comunista, no al modelo real, y la relaciona en exceso con Francia y el fascismo, al comprobar el suelo ideológico común en el que se apoyan todos los totalitarismos; en contraposición resulta muy sugestivo el análisis de la seducción que ejerció el ideario comunista en los intelectuales y entre diversos grupos occidentales, caso de los espías ingleses. Espoleado por la fe del converso Furet cree que lo que caracterizó al marxismo y luego a su decantación comunista fue el odio a la modernidad, el rechazo de múltiples aspectos de la modernización de las potencias industriales. Aun moviéndose ante todo en el plano de la idea comunista, el historiador galo cree que su rasgo esencial es el totalitarismo, protagonizado en este caso por un partido-Estado que reinó por medio de la ideología y el terror, instalando la supremacía de la voluntad política y en una fase el poder absoluto de un déspota, para ahorrar la economía y la sociedad. Brzezinski, el sociólogo norteamericano a quien debíamos precisos análisis de los rasgos sociales del fascismo, terminó su estudio en 1986, antes del desenlace final, pero a pesar de la fecha temprana se muestra extraordinariamente perspicaz en sus planteamientos prospectivos, y no duda en motejar la entera historia soviética de «el gran fracaso». Nos había proporcionado Martin Malia un lúcido intento

⁶ Carr, E.H.: *1917. Antes y después*. Barcelona, Anagrama, 1970.

⁷ Sokoloff, G.: *La puissance pauvre. Une histoire de la Russie de 1815 à nos jours*. París, Fayard, 1993. Furet, F.: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México, F.C.E., 1995. Brzezinski, Z.: *El gran fracaso. Nacimiento y muerte del comunismo en el siglo XX*. Madrid, Maeva, 1989. Malia, M.: *La tragédie soviétique. Histoire du socialisme en Russie. 1917-1991*. París, du Seuil, 1995.

interpretativo⁸ de la Revolución rusa (1980), pero los acontecimientos del 90-91 le indujeron a elaborar un estudio global, sumamente crítico, apoyado en un criterio democrático para denunciar el carácter totalitario de la historia soviética desde su inicio. De ella deduce la imposibilidad de la reforma interior o de la evolución paulatina, en fases, intentada por Gorbachov, concluyendo que el final tenía que asumir la naturaleza implosiva del año 1991. Malia coincide con Brzezinski en la opinión de la primacía de lo ideológico y lo político sobre lo económico y social, con lo que se invertiría el dogma de Marx de que lo económico constituye la infraestructura que determina la superestructura ideológica y política.

Estos estudios globales sobre el «fracaso» cierran por el momento una riada de monografías que escrutaron desde todos los puntos de vista y desde su primera hora la original experiencia del comunismo ruso. Podría ordenarse la pléyade de estudios sobre la revolución bolchevique y su desarrollo en varias corrientes interpretativas. La versión liberal que iniciaron algunos de los protagonistas de la revolución de febrero, entre ellos Miliukov, Kerenski o Tchernov, redujo Octubre a un golpe de Estado que interrumpió la evolución hacia una democracia occidental. Entre los historiadores españoles Pabón se apuntó a esta versión reduccionista, que presentó la historia del comunismo como un desvío, la entrada en una línea muerta. En Estados Unidos los trabajos de Samuel Harper o el más conocido de Robert V. Daniels (1967) podrían inscribirse en la línea exégetica de la interrupción de la evolución del absolutismo a la democracia⁹.

Llamada por algunos «optimista», la segunda corriente contempla la revolución como la obra de un partido con un proyecto claro para la modernización de Rusia, que se vio posteriormente sacudido por una política de terror, no sustancial a la revolución sino simple paréntesis temporal, de donde se concluye que Stalin representó una ruptura y que debe ser considerado un hereje con respecto a Lenin¹⁰. Dentro de Rusia se difundió a partir de la muerte de Stalin en el monumental estudio de más de 3.000 páginas de Mints, «Istoriia Velikogo Oktiabria» (1967-1972) o en los 4 tomos de la biografía de Lenin (1973).

En la corriente «revisionista», la más benévola con la historia soviética, se acepta incluso el stalinismo, reduce las purgas a 500.000 víctimas, varias veces menor que la contabilizada por los especialistas, y defiende la continuidad entre Lenin y Stalin en la encarnación de un mismo proyecto¹¹.

⁸ Malia, M.: *Comprender la Revolución rusa*. Madrid, Rialp, 1991. La primera edición francesa, de 1980 en du Seuil; por tanto es un libro anterior a la Perestroika.

⁹ Una de las mejores versiones del golpe de Estado, Pipes, R.: *The Russian Revolution*. Nueva York, Knopf, 1990.

¹⁰ Rabinowitch, A.: *The Bolsheviks come to Power: The Revolution of 1917 in Petrograd*. Nueva York, Norton, 1978. Cohen, S.F.: *Rethinking the Soviet Experience: Politics and History since 1917*. Nueva York, Oxford University Press, 1985. Lewin, L.: *La formation du système soviétique*. París, Gallimard, 1987.

¹¹ Fitzpatrick, S.: *The Russian Revolution. 1917-1932*. Nueva York, Oxford University Press, 1979.

La historiografía «crítica» ofrece una nómina creciente de autores y se ha convertido en la predominante. Califica el modelo soviético como totalitario, personifica en Stalin la apoteosis del terror, pero se interpreta que sus raíces están en Lenin y en el proceso de conquista del poder por los bolcheviques. En esta apreciación coinciden autores de estudios empíricos, como Fainsod, Schapiro y Ulam¹², y teóricos sociales del totalitarismo, como Hanna Arendt, Friedrich y Brzezinski¹³. La aproximación filosófica e histórica de Arendt, publicada en 1956, tres años después de la muerte de Stalin, fue codificada por J. Friedrich y Zbigniew Brzezinski en 6 puntos, que caracterizarían todos los totalitarismos y de forma muy clara el soviético: 1) una ideología elaborada; 2) un partido único, de masas; 3) empleo del terror como arma política; 4) monopolio de la comunicación y de las comunicaciones por medio de la apropiación estatal de la tecnología; 5) monopolio del armamento, para la política interior y exterior; 6) economía centralizada. Estos rasgos parecen a Malia incompletos y, más importante, petrificados dentro de un modelo sociológico, que el historiador debe sustituir por una perspectiva dinámica, más empírica, más apegada a la realidad de los hechos. Autores críticos, como el ruso Solzenitsin o el polaco Michnik, creen que la historia soviética es un proceso único, de carácter totalitario. Las interpretaciones de otros intelectuales del Este, que han pretendido que lo totalitario era el Estado soviético, no la sociedad soviética, le parece a Malia que caen en una versión caricaturesca del totalitarismo, frente a la cual debe sostenerse la unidad del fenómeno soviético.

El debate ha tenido uno de sus puntos de discrepancia en el concepto de modernización. Los apologistas de la experiencia bolchevique señalan que los errores fueron la moneda de cambio para la modernización de Rusia hasta convertirla en una de las dos superpotencias de posguerra; para los críticos Rusia ha sido siempre hostil a la modernidad en su sentido más profundo, limitándose a levantar un imperio estrictamente militar, cuya civilización inferior repitió los casos antiguos del imperio asirio o del imperio persa frente a las ciudades griegas, en otro nivel superior de civilización y que a la postre perduraron sobre el tinglado militarista de sus enemigos. Malia escribe que «la antigua U.R.S.S., aunque haya sido una utopía frustrada, nunca ha sido un país desarrollado ni moderno. Por el contrario ha sido un fenómeno único en su género, cualitativamente diferente de todas las formas de despotismo conocidas hasta entonces»¹⁴.

¹² Fainsod, M.: *Smolensk a l'heure de Staline*. París, Fayard, 1958, y *How Russia is Ruled*. Harvard University Press, 1958. Schapiro, L.: *The Communist Party of the Soviet Union*. Nueva York, Random House, 1960. Ulam, A.: *Stalin* (vid. infra).

¹³ Arendt, H.: *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid, Taurus, 1974. Friedrich, C. J. y Brzezinski, Z.: *Totalitarian Dictatorship and Autocracy*. Harvard University Press, 1956.

¹⁴ Malia: *La tragédie...*, p. 29.

2. EL LENINISMO, VARIANTE O DESVIACIÓN DEL MARXISMO

Lo que distingue la revolución bolchevique no consiste exclusivamente en la conquista del poder por seguidores de un ideario marxista sino sobre todo en que una revolución de estas características naciera en un país atrasado y únicamente en ese país, no mostrando entonces su ideal internacionalista la capacidad de contagio que soñaban los líderes revolucionarios.¹⁵

Que la primera experiencia socialista brotara en Rusia, gobernada por una fórmula de autocracia rural, y no en Alemania o Inglaterra, con su poderoso proletariado industrial organizado y abanderado por teóricos de la revolución social, representó en su momento una paradoja y en consecuencia una sorpresa. Lenin explicó la paradoja aparente con una lógica implacable apoyándose en dos tesis: 1ª. Rusia era a la altura de 1914 un país industrializado, o parcialmente industrializado, con su clase obrera consciente concentrada en San Petersburgo y Moscú, focos donde podría surgir el estallido revolucionario, al tiempo que en sus vastas áreas rurales se había generado la contradicción de intereses propia de la lucha de clases entre propietarios y braceros, contradicción que fundaba la esperanza en una clase de campesinos adicta a la revolución, bien distinta de la clase reaccionaria que había despreciado Marx. Indiquemos que el potencial transformador del campesinado no suponía una novedad lanzada por el líder bolchevique, puesto que había sido postulada por los pensadores sociales rusos, de Herzen a Bakunin, convertida por los narodniki en el centro de su evangelio redentor y articulada en programa político por los socialistas revolucionarios.¹⁶ 2ª. Siguiendo las doctrinas de Hobson y Hilferding sobre el imperialismo Lenin comprendió, y así lo explicó en su obra «El imperialismo, estadio supremo del capitalismo», que el capitalismo financiero había sustituido al capitalismo de fábrica, y en la lucha por los mercados a escala mundial era el proletariado de un país atrasado o en una fase preindustrial y no el proletariado de las potencias imperialistas, secuaz en la rapiña de los pueblos colonizados, el que conservaba su potencial revolucionario. Con estos planteamientos justificó su profecía de que Rusia, eslabón débil del capitalismo mundial, se convertiría en la patria del proletariado.

¹⁵ Lenin: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Madrid, Akal-Ayuso, 1974.

¹⁶ En parte el programa bolchevique se copió de los eseristas. Vid. Perrie, M.: *The agrarian policy of Russian Socialist Revolutionary Party from its Origins through the Revolution of 1905-1907*. Cambridge University Press, 1976. Danilov, V.: *Rural Russia under the New Regime*. Londres, I.B. Tauris, 1989, examina las formas de propiedad y tenencia de la tierra antes de la colectivización. Otros enfoques: Wesson, R. G.: *Soviet Communes*. Rutgers University Press, 1963. Sorlin, P.: *Lenine et le probleme paysan en 1917*, en «Annales», (1964, nº 2). Nuevas aportaciones documentales en Davies, R. W.: *The Industrialisation of Soviet Russia. The socialist Offensive. The Collectivisation of Soviet Agriculture. 1929-1930*. Londres, Macmillan, 1989. Se ha reeditado un clásico: Alexander Chayanov: *The Theory of Peasant Cooperatives*. Londres, I.B. Tauris, 1990. El autor, víctima de las purgas de Stalin, expone el debate sobre las posibles alternativas que se presentaban antes de la política colectivizadora. El tema de los campesinos pobres, raras veces tratado, en Bettelheim, Ch.: *Las luchas de clases en la U.R.S.S.* Madrid, Siglo XXI, 1976. 2 vols.

Para el punto de vista menos benévolo sobre la revolución bolchevique, el que niega que se hubiera producido en sentido profundo una revolución, el binomio despotismo/servidumbre de la antigua Rusia se reprodujo en los mecanismos del totalitarismo soviético. Según la tesis continuista¹⁷, la servidumbre que caracterizó la sociedad rusa hasta 1861 reapareció en las granjas colectivas estalinistas; la deportación de prisioneros y disidentes del zarismo se multiplicó a gran escala en el Gulag y en las deportaciones de pueblos alógenos bajo Stalin; la autocracia, que tuvo sus gigantes en Iván el Terrible y Pedro el Grande, alcanzó su modelo más acabado en un personaje extraño, el georgiano que alcanzó la Secretaría General y desde ella se convirtió en dueño de todas las Repúblicas soviéticas.

Para las versiones más favorables a la experiencia soviética, Stalin reencarnó la modernización impuesta desde la cima del Estado, en la misma línea que sus antecesores históricos. Sabemos que la modernización de Rusia se produjo mediante «tirones» desde el Estado, factor obligado en un país que carecía de una clase capitalista; es la tesis de Gerschenkron¹⁸. Stalin continuaría, por tanto, este impulso estatal para la modernización. Que el atraso en vez de constituir un obstáculo para la revolución social representara, bien al contrario, una ventaja fue una de las intuiciones más geniales de Lenin. Se convirtió en la premisa mayor de su silogismo, que concluía con la posibilidad del paso del Antiguo Régimen al socialismo sin fase burguesa intermedia.

Los puntos de vista continuistas, el paso «del águila blanca al águila roja», encuentran muchos argumentos en la historia de Rusia, pero en bastantes casos recurren a similitudes forzadas. Tanto por sus protagonistas como por el resto del mundo en 1917 se interpretó Octubre como una ruptura radical, y la cuarentena a la que se sometió el régimen bolchevique contrastó con la inserción de Rusia en los asuntos europeos, tan clara en la época de Alejandro I. Pareciendo extraño que todos los estadistas occidentales orientaran la política exterior en función de un espejismo, creyendo que no eran «nuevos zares» quienes gobernaban Rusia, debemos pensar más bien que todos ellos, desde Ebert a Hindenburg, desde Lloyd George a MacDonald, tenían información y motivos para creer que en Rusia se había producido una ruptura histórica.

Seguramente no hubiera llegado a su estreno el ensayo general de la revolución de 1905 sin los cambios sociales experimentados por Rusia a finales del XIX¹⁹: un campesinado de carácter ambiguo —tradicional e inconforme— que todavía dependía de la nobleza pero que se sentía crecientemente incómodo en

¹⁷ Read, Ch.: *From Tsar to Soviets. The Russian People and their Revolution*. Londres, UCL Press, 1996. Pipes, R.: *A concise History of the Russian Revolution*. Londres, The Harvill Press, 1995.

¹⁸ Gerschenkron, A.: *El atraso en su perspectiva histórica*. Barcelona, Ariel, 1968.

¹⁹ Trotski, L.: *Sobre los rasgos específicos del desarrollo histórico de Rusia*. Una respuesta a M. N. Prokovski. Incluido en «La Revolución de 1905». Barcelona, Planeta, 1975.

tal situación de dependencia, un proletariado en expansión al ritmo de la industrialización dirigida por Witte —como apuntó Plejanov— y un agregado social nuevo donde comparecían comerciantes, técnicos y profesiones liberales, clase la más educada y europeizada, que hacia 1900 abandonaba la causa campesina por la causa obrera.

El régimen zarista ingresó en el siglo xx cuarteado por varias fracturas: extraordinaria fragilidad social, propensión al maximalismo de los intelectuales, multiplicación de partidos que se reducían a reuniones de conspiradores. Esta última nota representaría una semilla decisiva para el futuro. Porque al no existir una vida política abierta, como en la Europa occidental, que ensayaba por vez primera los partidos de masas, los políticos rusos se habituaron a una actividad oscura de conspiración y secreto que perfiló nítidamente la concepción del partido bolchevique y la leninista de un estado mayor de la revolución. Con esta carga genética el colectivo protagonista de Octubre nunca organizaría, una vez llegado al poder, un partido abierto, y en bastantes aspectos nunca dejaría de ser un cenáculo de conspiradores por mucho que se adornara con términos como Aparato, Nomenclatura o Politburó. El régimen de cooptación para escalar posiciones dentro del Partido respondió a esta concepción eclesial de cónclave en vez de al de participación de las bases.

Lenin fue el padre indiscutible de la revolución bolchevique, por su contribución teórica con libros y escritos vertebrales, por su genio estratégico y no menos por sus intuiciones tácticas, alimentadas en lecturas de Clausewitz, como se comprueba en su artículo de 8 de octubre en «Pravda», «El arte de la insurrección», auténtico catecismo del golpe de Estado²⁰. Sin embargo, no nos interesa aquí ponderar su contribución a la revolución sino aclarar si se trató de una variante del marxismo, del tipo de las que por esos años habían ya formulado Bernstein o Kaustky, aunque de otro signo, o de una desviación del marxismo. Podríamos plantear la pregunta: ¿Una traducción rusa o una herejía? ¿Una variante semiortodoxa del marxismo o una deformación revisionista, exigida por el atraso ruso? No es una pregunta académica porque atañe a la legitimidad del modelo comunista, que pretendió ser depositario de la ortodoxia marxista. El dilema nos lleva a un nuevo nivel hermenéutico, porque en el fondo se trata de resolver si Octubre fue una revolución proletaria o simplemente un golpe de Estado.

Había profetizado Marx que el proletariado, alcanzado un grado suficiente de conciencia, sería el agente que rompería las cadenas de la historia. El mecanismo de transformación radicaba en la lucha de clases. Estos dos puntos son más que revisados sometidos a una verdadera metamorfosis en la lógica leni-

²⁰ Hemos tratado este punto en Fernández García, A.: *La Revolución Rusa*. Madrid, Istmo, 1990. Sobre Lenin, Arvon, H.: *Lenin*. Madrid, Edaf, 1975; Bernstein, S.: *Lenine et la Révolution russe*. París, Colin, 1971; Lefebvre, H.: *La pensée de Lenine*. París, Bordás, 1957. Meyer, A. G.: *Lenine et le leninisme*. París, Payot, 1966; Trotski: *Lenin*, Nueva York, Blue Ribbon Books, 1925; Carrère d'Encausse, H.: *Lenin. Revolution and Power*. Londres, Longman, 1982.. Besançon, A.: *Les origines intellectuelles du leninisme*. París, Calmann Levy, 1977.

nista. Porque no era ya el proletariado el que asumía la tarea de encarnar la conciencia revolucionaria sino el Partido. El slogan «todo el poder para los soviets» se convirtió inmediatamente en «todo el poder para el Partido». Al Partido correspondería el designio del derribo de la sociedad capitalista, con lo que no eran las clases sociales el motor de la historia, como creyó Marx, sino un intérprete instalado en el exterior de las clases, puesto que el Partido tuvo desde su primera hora una composición interclasista, como ocurriría con el partido fascista italiano o el partido nazi. En este proceso cristalizó un modelo de antisociedad, porque todo quedó sometido a la política encarnada por un Partido. Invirtiendo la lógica de Marx, la lucha de clases fue sustituida por la lucha del Partido contra sus enemigos, prácticamente todos los que se oponían a su control totalitario.

Si es cierto que Marx y Engels habían considerado el partido comunista como la vanguardia de la clase obrera, con el bolchevismo más que como vanguardia aparece como único exégeta autorizado, como un clero laico que impone inquisitorialmente su panoplia de dogmas.

Malia habla de lógica perversa. «Esta lógica perversa opera de la manera siguiente: de forma inmediata un sustituto político autoproclamado (el Partido bolchevique) eclipsa a su base proletaria supuesta; a continuación, puesto que el proletariado es la clase histórica «suprema», este sustituto suprime a los restantes partidos de clase y monopoliza la política; después, en el supuesto de que el Partido-sustituto encarna la misión de realizar el socialismo, procede a la abolición del capitalismo, es decir, a la destrucción de la sociedad civil; en fin, el punto final del rechazo proclamado por Marx del Estado hegeliano y de la sociedad «burguesa», se convierte, paradójicamente, en el rechazo de la autonomía de la sociedad en provecho de una política ideológica»²¹. En la práctica de su monopolio el partido leninista no representó al proletariado real sino a un proletariado metafísico. La primacía de la ideología, interpretada de forma fundamentalista por los titulares del poder, convirtió la acción política en una lucha político-militar del Partido contra la sociedad.

En nuestra opinión la contradicción más paladina entre el marxismo y el leninismo aparece en la concepción del Estado. Para Marx maquinaria de opresión de la clase dominante, que se extinguiría con la desaparición de las clases en la sociedad comunista, y eje del principal estudio teórico de Lenin, que hizo de la conquista del Estado el objetivo supremo de la revolución social, multiplicaría sus tentáculos hasta convertirse en un instrumento totalitario de control de la sociedad. Naturalmente, los sacerdotes del Partido-Estado nunca reconocieron estas contradicciones, pero aparecen como líneas vectoras de la historia soviética, cuyo abrupto final se ha erigido en notario de la peculiar apropiación del marxismo por el bolchevismo, disfrazada con pretensión de síntesis cuando se predicaban los dogmas del marxismo-leninismo.

²¹ Malia: *La tragédie...*, pp. 111-112.

3. LA GUERRA, CONFIGURADORA DEL MODELO SOVIÉTICO

Uno de los motivos de reflexión de la historia del siglo XX es la vinculación entre guerra y totalitarismo. La guerra del 14 aparece unida al nacimiento de los tres totalitarismos europeos: en Rusia, la guerra como sufrimiento; en Italia, la guerra como decepción; en Alemania, la guerra como humillación. En los tres casos, la guerra desembocará en una fórmula inédita en la historia política. Millones de soldados heridos y mutilados servirían de palanca a Lenin para dispersar los girones del zarismo; en el no reconocimiento de la grandeza de Italia, cantada por D'Annunzio, tras su participación en el bando victorioso encontraría Mussolini el aliento para sus fascios; en la humillación de Versalles buscó Hitler auditorios para predicar su credo de la revancha. En una comparación entre los tres modelos totalitarios puede parecer que la vinculación fenómeno bélico-experiencia histórica es más estrecha en el nazismo germano, pero el caso de Rusia resulta diferente y hasta cierto punto incomparable. Porque la guerra fue una constante a lo largo de los tres cuartos de siglo del régimen. En la conflagración del 14 se produjo el triunfo de la Revolución; adquirió el régimen comunista determinados perfiles durante los años de la guerra civil, cuando luchaba por su supervivencia; Stalin consolidó su poder ilimitado bajo la presión de la amenaza de una nueva contienda en los postreros años treinta; la gran guerra patria del 41 al 45 permitió gigantescos ensayos de ingeniería social, entre ellos las deportaciones étnicas; la guerra fría contra el imperialismo mantuvo la psicología de estado de sitio y el control absoluto de la sociedad durante cuarenta años más.

La guerra del 14 asumió en Rusia unas proporciones inconcebibles en cualquier conflicto bélico anterior o en cualquier otro país contemporáneo. Cerca de catorce millones de hombres, en su mayoría campesinos, fueron movilizados; en el informe que la Duma elevó al emperador a principios de 1915 se reconocía que se habían perdido 4 millones de soldados, entre muertos, heridos y prisioneros; Rusia quedó aislada, sin mano de obra para su industria, con una red de transporte colapsada por las exigencias logísticas de un ejército de masas de infantería. Los líderes bolcheviques comprendieron la gran ocasión que la contienda les deparaba. En la «Historia de la revolución rusa» Trotski reconoce el carácter de grandioso fenómeno social que la guerra suponía, con millones de campesinos armados en los frentes y en las rutas de abastecimiento, socavados por la indisciplina, tentados por la desertión, agobiados por los problemas de sus familias. Un volcán en ebullición. Y Lenin la consideró el gran regalo para la revolución; por eso asumió posturas derrotistas, porque solo la derrota provocaría la caída del autócrata.

Había sido otra guerra, la ruso-japonesa, el fenómeno desencadenante de la revolución de 1905²², de la que tomaron lecciones Trotski y Lenin. Porque no

²² Coquin, F.-X. y Gervais-Francelle. C. (eds.): *Actes du Colloque International: 1905, la première révolution russe*. París, Pub. de la Sorbona, 1981. Coquin, F.X.: *1905, la révolution russe manquée*. Bruxelles, Complexe, 1985. Ascher, A.: *Revolution of 1905: Russia in Disarray*. Stanford University Press, 1988, y *The Revolution of 1905: Authority Restored*. Stanford University Press, 1992.

podía reducirse un conflicto bélico a hechos militares, cuando lo verdaderamente trascendente eran los fenómenos sociales, el sufrimiento y la derrota, o la falta de salidas para quienes retornaban del frente. El absurdo existencial, la náusea sartriana, que aparecen en «Imán» de Sender, el tremendo alegato literario contra la guerra de Marruecos, podría en Rusia expresarse en una constelación de protestas y de absurdos. En 1914, en Rusia la Gran Guerra desencadenó la revolución de febrero y produjo la caída del zarismo. Su continuación llevó al fracaso al gobierno provisional. Tras octubre, los primeros intentos contrarrevolucionarios pretendieron aprovecharse de la situación bélica, de ahí la capitulación de Brest-Litovsk. Fue el contexto inexorable de los grandes acontecimientos de 1917 y 1918. Ocho millones de soldados se encontraban lejos de sus familias, desperdigados en un frente de más de 3.000 kms., del Báltico al mar Negro. Esta inmensidad defensiva no se daba en Alemania, más concentrada en una guerra ofensiva, lo que implicaba un ánimo diferente en los soldados, ni en los otros combatientes, por ejemplo Francia, donde la población comprendía que defendía su solar nacional, sentimiento menos claro en el inmenso territorio zarista.

Si seguimos con atención los acontecimientos de 1917²³ comprobaremos que el conflicto bélico se muestra como el eje conductor a lo largo de sus fases. Instalado el régimen provisional de febrero, hasta abril el partido cadete propugna la prosecución de la guerra; en las tesis de abril Lenin rechazó cualquier colaboración con el gobierno, entre otros motivos por su falta de sensibilidad hacia los sufrimientos de los ciudadanos. De abril a julio Kerenski lanza una ofensiva militar, con la esperanza de modificar la guerra defensiva, desmoralizadora, ofensiva que dirige también su impulso contra los bolcheviques, apóstoles del derrotismo. En julio y agosto se produce la retracción bolchevique, cuando las acusaciones contra ellos ocupan lo que Trotski llamó «la gran calumnia». De fines de agosto a octubre, tras la fracasada intentona contrarrevolucionaria de Kornilov, el gobierno Kerenski se convierte en un fantasma sin apoyos suficientes, mientras los bolcheviques recuperan posiciones. En los días de octubre previos a la revolución, Lenin asume la estrategia maximalista de hostigar al gobierno y acometer solos la empresa del asalto al poder. En la decisiva reunión del Comité Central del Partido Bolchevique de 10 de octubre se consignan los fundamentos del leninismo en el poder²⁴: el paso de la misión revolucionaria del proletariado al partido, la naturaleza sacerdotal del partido concebido como una vanguardia ideológica que define los dogmas políticos, la consideración del resto de la sociedad como enemigos de clase, equivalente a enemigos del partido.

²³ Keep, L. H.: *The Russian Revolution: A Study in Mass Mobilization*. Londres, Weindenfeld and Nicholson, 1975. Pipes, R.: *The Russian...*; Trotski, L.: *Historia de la Revolución Rusa*; Chamberlain, W. H.: *op. cit.*; Service, R.: *op. cit.*; Hill, Ch.: *op. cit.*

²⁴ En *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del Comité Central del Partido Obrero Social Demócrata (bolchevique)*. Agosto de 1917 a febrero de 1918. México, PYP, 1978, p. 130.

Los contrastes entre febrero y octubre, apuntados en todas las síntesis de 1917, se resumirían en el paso de una revolución burguesa a una revolución proletaria. Pero si es dudoso que febrero representase un modelo de revolución burguesa, aunque obviamente se produjera el relevo en la titularidad del poder, más temeraria parece la asignación de la adscripción proletaria a Octubre, porque al instalarse un partido único como beneficiario exclusivo del poder la clase obrera de San Petersburgo quedó marginada. Resulta demostrativo que no existiera un decreto de control obrero en la industria paralelo al decreto sobre la Tierra. Casi de manera súbita dejó de hablarse de todo el poder para los soviets. El triunfo de las masas explotadas se transformó en un mito, poco acorde con los sucesos de la capital rusa.

La disolución de la Asamblea Constituyente en los primeros días del año 1918 fue el paso del Rubicón del bolchevismo. Lenin argumentaría²⁵ que los S.R., vencedores en las elecciones de noviembre de 1917, no eran un partido sino dos —sólo el ala izquierda propugnaba el entendimiento con los bolcheviques—, pero más ínsito en los principios leninistas fue su distinción entre la democracia burguesa, de partidos, representada por la Asamblea, y la democracia proletaria, que teóricamente reposaría en los soviets y en los comités de fábrica. La consecuencia fue la instalación de un régimen de partido único, implícita en Octubre. Los contrastes con 1789 son evidentes. En la Revolución Francesa se sucedieron varias Asambleas, se convocaron elecciones, participaron partidos de ideología contrapuesta, ausencias detectables en 1918. Así nació un Partido-Estado, auténtica innovación del bolchevismo.

La capitulación humillante de Brest-Litovsk demostró el genio estratégico de Lenin pero también la dudosa sinceridad de su proyecto de revolución mundial²⁶. En ese momento Trotski pasó por la humillación de firmar, como representante ruso, una paz que consideraba una traición a la revolución, mientras, en la onda de la paz por separado, que suponía la renuncia a la contaminación revolucionaria de los soldados alemanes, Bujarin y otros comunistas de izquierda dejarían temporalmente el partido.

Con la guerra civil lo bélico continuó siendo el ingrediente esencial del modelo. El llamado comunismo de guerra²⁷, que legalizaba la requisita de los alimentos y los métodos compulsivos contra los campesinos y obreros, se convirtió en la matriz del régimen, hasta el punto de que se ha llegado a considerar el año 1918 como el decisivo en su configuración, más que el año 1917. Así se forjó un híbrido de comunismo militar y comunismo militante, que consideraba a los comunistas como soldados de una idea, obligados a la obediencia al

²⁵ Lenin: «El Estado y la Revolución». En *Obras Escogidas*, vol. II, pp. 362 y ss. y 527 y ss.

²⁶ *Los bolcheviques y la Revolución... Actas. o. cit.* pp. 183-190.

²⁷ Koenker, D. P., Rosenberg, W. y Suny, R. G.: *Party, State and Society in the Russian Civil War*. Indiana University Press, 1989. Malle, S.: *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*. Cambridge University Press, 1985. Consideraciones interesantes sobre los aspectos económicos del comunismo de guerra en Aganbegan (infra). Mandsley, E.: *The Russian Civil War*. Boston, Allen and Unwin, 1987.

jefe, sin discusión ni reflexión. En esta concepción de ortodoxia castrense puede entreverse la raíz de las futuras purgas, fenómeno único en la historia de los partidos políticos europeos.

La guerra civil se sostuvo en tres frentes: en el político equivalió a una guerra de clase contra los otros partidos, en el militar supuso el enfrentamiento contra los resistentes blancos del zarismo y —otra nota para el futuro— el enemigo exterior, y en el económico la implantación del comunismo de guerra, con su práctica de las requisas y la subordinación de la producción a las necesidades bélicas, lo que caracterizaría durante lustros los planes quinquenales, y en otro sentido la subordinación del interés individual o familiar al colectivo.

El fenómeno de mayor relevancia fue la aparición del Terror rojo, justificado por la urgencia del conflicto. Supuso la vigilancia de todas las funciones sociales, en la economía y en la vida civil, vigilancia que se extendería progresivamente a todos los cuadros: técnicos de la industria, presidentes de granjas colectivas, profesores, científicos. En el terreno económico la brutalidad confiscatoria plantea dudas acerca de si constituía una necesidad circunstancial o una genuina política bolchevique. Las principales medidas tomadas se inscribieron todas en la misma dirección, la del control desde arriba²⁸. La nacionalización de la Banca colocó el aparato financiero bajo la vigilancia de un Consejo (V.S.N.K.); la requisas de víveres se explicó como la lucha de clases en el campo, donde la propiedad familiar debía dejar paso a sovjoses; el de la industria no fue un control obrero, como exigían los anarquistas, sino simple apropiación por la dirección; un organismo, el Gosplan, organizó la planificación, embrión de lo que serían los planes quinquenales diez años más tarde. Esta supervisión total derivó en la primitivización de la vida rusa; la vigilancia por el partido de todos los grupos, aristócratas, plebeyos, pequeño burgueses, demócratas, socialistas, y fue facilitada por la falta de anticuerpos sociales y culturales.

Con la implantación de un Partido-centinela nacía un Orden Nuevo. Sabemos que esta expresión fue enarbolada por Mussolini y sus seguidores, pero con el mismo derecho podía ser reclamada por los bolcheviques. En «Las grandes corrientes del marxismo» Leszek Kolakowski, al preguntarse si era correcta la calificación de Bujarin como «el último bolchevique» se contesta: «El epíteto está justificado si entendemos por «bolchevique» alguien que aceptaba todos los principios del orden nuevo —poder ilimitado de un partido único, «unidad» en el seno del Partido, ideología excluyente de todas las restantes, dictadura económica del Estado— creyendo que era posible, dentro de tal sistema, evitar el despotismo de una oligarquía o de un individuo, gobernar sin recurrir al terror, preservar los valores de los que los bolcheviques se habían erigido en campeones en el curso de las luchas por la toma del poder: gobierno por el pueblo de los trabajadores o proletariado, libertad de desarrollo cultural, respeto de las artes, de las ciencias y de las tradiciones nacionales. Pero si «bolchevique»

²⁸ Remington, Th. F.: *Building Socialism in Bolshevik Russia: Ideology and Industrial Organization. 1917-1921*. University of Pittsburg Press, 1984.

significa todo esto, la palabra designa simplemente a un hombre incapaz de extraer conclusiones de sus propias premisas»²⁹. Aceptaba Kolakowski la existencia de bolcheviques convencidos pero inconsecuentes, que no veían las contradicciones entre los principios teóricos que habían defendido y la realidad social que habían ahormado, pero asimismo la de bolcheviques consecuentes, dispuestos a todos los procedimientos para imponerse al margen del derroche de capital social que ello significara, concluyendo: «De otro lado, si la ideología bolchevique no es solamente un asunto de ideas generales sino que implica también la aceptación de las consecuencias inevitables de sus propios principios, entonces Stalin tiene derecho de proclamarse el más consecuente de todos los bolcheviques y de todos los leninistas».

Finalizada la guerra civil, la N.E.P. supuso un alto en el camino³⁰. Malia la consideró el camino no tomado, que consistiría en la liberalización y el respeto a la propiedad privada. Nos parece que la liberalización era relativa, restringida a objetivos de producción, porque en el campo de la política en ningún momento se planteó la aceptación de la pluralidad de las fuerzas políticas. Bujarin, teórico y patrocinador de la N.E.P., propugnó la vía no seguida de respeto a los otros, de cooperación con los campesinos para conseguir la expansión del consumo, de armonía entre la agricultura y la industria. Pero se impuso la concepción de Stalin, quien, en opinión de Malia, comprendía mejor la naturaleza del Partido, cuyas estructuras se orientaban hacia un jefe único, comandando las ambiciones del Secretario General. «Una única doctrina «correcta», una mentalidad de estado de sitio, un reclutamiento fundado sobre la cooptación desde lo alto hacia abajo, todo esto no podía producir más que una estructura de mando de tipo militar, donde las órdenes son emitidas por un único centro. La expulsión de los oponentes había oficializado esta situación, pero no la había creado. Porque Stalin había comprendido mejor la naturaleza del Partido que sus rivales se había encontrado en situación para eliminarlos tan eficazmente»³¹, es la conclusión de Malia.

El Partido había pasado por fases sucesivas: clandestina hasta 1917, de masas a partir de ese año; con el comunismo de guerra se había convertido en una institución del Estado, desde 1921 desembocaba en el Estado-Partido. La desembocadura totalitaria se reflejó inexorablemente en la manipulación del lenguaje, que debía ser puesto al servicio de la causa socialista. En torno a Stalin gobernaba el Partido un grupo de Comisarios de la guerra civil: Molotov, Kaganovitch, Vorochilov, Kirov, Andreev. La experiencia bélica les había marcado y se mostraban decididos a ver en cualquier adversario un enemigo posible o un peligro. Poder sin límites y recelo sin límites eran dos ingredientes para poner fin a la N.E.P.

²⁹ Kolakowski, L.: *Histoire du marxisme*. París, Fayard, 1987. La cita en Malia: *La tragédie...*, p. 201.

³⁰ Carr, E. H.: *La revolución...*, vol. 2. Werth, N.: *La Vie quotidienne des paysans russes de la révolution à la collectivisation*. 1917-1929. París, Hachette, 1984.

³¹ Malia: *La tragédie...*, p. 239.

A partir de 1929 la colectivización se convirtió en el primer ensayo de gran coacción³². Coincidió con el inicio de la crisis de la gran depresión y el deterioro de la atmósfera internacional de concordia que se había orquestado en Locarno (1925). Así se reavivaba el referente de la amenaza exterior, esencial en la historia del bolchevismo. Los años treinta contemplaban una deriva peligrosa de la situación internacional con la reaparición de los dos viejos enemigos: Japón y Alemania. En 1931 Japón irrumpía en Manchuria y se acercaba a China, anticipando la previsible expansión de una potencia isleña que desembarcaba en el continente, quizás con un horizonte que afectaría a las tierras asiáticas de la U.R.S.S. Se revivía en Moscú la derrota en la guerra ruso-japonesa en 1905, con la aprensión de que ahora no se resolvería la confrontación en el mar sino en el continente. La sensación de pinza se intensificó a partir de 1933, con el acceso de Hitler al poder y sus propuestas de expansión hacia el Este. ¿Qué podía pensar un dirigente soviético que leyera «Mein Kampf»? El temor a la invasión justificaba uno de los pilares del stalinismo, el mantenimiento del estado de sitio.

El peligro de guerra o la guerra continuaron siendo el horizonte de la historia del comunismo ruso. El pacto «contra natura» firmado el 26 de agosto de 1939 por Molotov-Ribbentrop³³ traducía entre otras cosas la obsesión de Stalin por conseguir un glacis defensivo en el oeste y su indiferencia para elegir como aliados potencias fascistas o potencias democráticas. Conseguiría ese glacis defensivo tras la victoria sobre el Eje en la segunda guerra mundial. El triunfo aliado le abría la posibilidad de configurar un imperio de nuevo cuño, de carácter ideológico, y el abandono de la tesis de la revolución en un solo país³⁴. Se trataba de una verdadera metamorfosis condicionada por situaciones derivadas de episodios bélicos. En una Rusia aislada y debilitada por la guerra civil Stalin había defendido frente a otros líderes bolcheviques el principio del socialismo en un solo país; en 1945, vencedor y respaldado por un impresionante aparato militar, Stalin se convertía al credo trotskista de la revolución permanente y universal.

La guerra fría se configuró como contexto justificador del stalinismo, porque en el interior se produjo una glaciación similar al enfriamiento de las relaciones internacionales. El sistema soviético —se ha señalado en muchas ocasiones— siempre ha necesitado la confrontación con un real o supuesto complot interior o exterior. Ahora Stalin disponía en las repúblicas exteriores del planetario soviético de «stalines de bolsillo». El mismo sistema de control en el interior y de hermetismo o confrontación hacia el exterior se repetiría en todos los Estados del socialismo real.

³² Davies: *op. cit.*, Mandsley, E: *The Stalin Years*. Manchester University Press, 1998.

³³ Grodetsky, G.: «The impact of Ribbentrop-Molotov pact on the course of soviet foreign policy». *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, (enero-marzo de 1990).

³⁴ Trotski, L.: *Stalin*. Barcelona, Janés, 1956, considera fundamento del stalinismo el socialismo en un solo país. V. también Procacci: *op. cit.*

4. EL STALINISMO. CUESTIONES DE INTERPRETACIÓN

Tras esta incursión sobre la guerra como marco histórico del comunismo, es necesario volver atrás y prestar atención al periodo crucial, durante el cual Stalin personificó un poder autocrático sin parangón en el siglo XX.

Walter Laqueur³⁵ ha señalado que el liderazgo de Stalin no se ajustó a ninguno de los tipos descritos en los tratados de sociología. Si acaso ofreció mayor similitud con el ejercido por Iván el Terrible, aunque el líder comunista le recriminara a su ancestro histórico que no justificase suficientemente el apelativo. El culto a Stalin llenó un periodo de la historia soviética, cuando imágenes, poemas, canciones, filmes, editoriales y discursos rivalizaron en elevar más altas sus columnas de incienso. Algunos artículos y poemas en su honor fueron escritos por personas que temían por su vida, como Bulgakov o Pasternak. Tras su muerte se iniciaría la desmitificación, que culminó en la denuncia de Kruschchev en el XX Congreso. El paralelismo con Hitler ha tenido su versión más ambiciosa en el estudio de Alan Bullock³⁶.

Durante el stalinismo se sumaron al culto escritores extranjeros, entre ellos Henri Barbusse, autor de la novela antibelicista «El fuego», miembro del partido comunista francés y firmante de una biografía que cantaba la sabiduría del hombre de hierro y acero³⁷. Menos fogoso en los elogios, el trabajo laudatorio de J.T. Murphy³⁸ destacó sus contribuciones a su pueblo, desde la conquista de fronteras seguras hasta la movilización de una inmensa maquinaria productiva. Incluso Isaac Deutscher, más inclinado a Trotski, sin dejar de criticar ciertos aspectos de su gobierno se mostraba deslumbrado por su personalidad, aunque en ediciones posteriores tratara de moderar los juicios favorables³⁹. Entre otras publicaciones de comunistas y excomunistas la biografía crítica de Boris Suvarin destapó por vez primera de forma documentada la práctica extensiva del Terror como instrumento político, y se vio reforzada por relatos de protagonistas de la revolución, caso de Antonov-Ovseenko⁴⁰. En los años sesenta y setenta aparecieron los estudios académicos de mayor interés; entre ellos, el de Daniels (1965) identificaba el stalinismo con el totalitarismo, y los de Ulam y Tucker (ambos de 1973) escrutaban minuciosamente el ejercicio de un poder ilimitado. Un poco antes había aparecido la síntesis de Adams (1972) y algo más tarde sa-

³⁵ Laqueur, W.: *Stalin. Revelaciones*. Buenos Aires, Vergara, 1991.

³⁶ Bullock, A.: *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*. Barcelona, Plaza-Janés/Círculo de Lectores, 1994. 2 vols.

³⁷ Barbusse, H.: *Stalin. A New World seen through One Man*. Londres, 1935.

³⁸ Murphy, J. T.: *Stalin: 1879-1944*. Londres, 1949. El autor fue miembro destacado del Partido Comunista británico.

³⁹ Deutscher, I.: *Stalin. A Political Biography*. Londres, Oxford University Press, 1949. Edición revisada en Harmondsworth, 1966.

⁴⁰ Suvarin, B.: *Staline. Aperçu historique du Bolchevisme*. París, Ed. Champ Livre, 1977. Antón Antonov-Ovseyenko: *The Time of Stalin. Portrait of a Tyranny*. Nueva York/Londres, Harper and Row, 1981. Medvedev, R. A.: *Que juzgue la Historia*. Barcelona, Destino, 1977.

lía a la luz la erudita de Hingley (1974)⁴¹. Posteriormente los estudios analíticos dejaron paso a los interpretativos, línea que fue encabezada por Tucker (1977) y seguida por Urban (1982), Laqueur (1990) o Gill (1990)⁴².

La clave del stalinismo consistió en el sometimiento de todos los sectores de la sociedad soviética a un poder personal sin contrapesos⁴³. Contribuyó a esta concentración el lanzamiento de los planes quinquenales, una versión permanente del comunismo de guerra. El primero, diseñado en 1928, derivó en el sometimiento de los diversos sectores sociales. En la primavera de ese año en un espectacular proceso se condenó a cincuenta ingenieros de minas del Donbas, acusados de sabotaje al servicio del capital internacional. Comenzaba el sometimiento de los técnicos, a quienes se exigían rendimientos que a veces superaban cualquier programa racional y hacia quienes se desviaría la responsabilidad si no se cumplían las previsiones de la planificación imperativa. El lector de «Yo escogí la libertad», el reportaje en forma de Memorias de otro técnico, Víctor Kravchenko⁴⁴, puede hacerse una idea de las formas de presión sobre los ingenieros que se ejercieron en la década de los 40. Que el procurador del proceso del Donbas fuera Andrés Vichinski es todo un síntoma. Sería el fiscal de los grandes procesos de los años treinta y más tarde Rector de la Universidad de Moscú, y autor de un emblemático libro acerca del concepto de justicia en la Rusia soviética («Teoría de la prueba judicial en el derecho soviético», 1941), antes de continuar su cursus diplomático que le convertiría en figura destacada del stalinismo de posguerra. Por esos años se empezó a acusar a Bujarin de desviacionista de derechas y a perseguir a figuras como Rikov, algún tiempo primer ministro, y a Tolski, jefe de los sindicatos, iniciándose la sumisión del partido. Ante la resistencia campesina a la colectivización el régimen endureció su trato, contradiciendo así la profecía de que la instalación del comunismo supondría la disminución y la extinción de la lucha de clases.

Estos meandros de la política de Stalin, de la flexibilidad de la NEP a la severidad de la colectivización, de la recuperación de Bujarin a su ostracismo, y la evolución posterior del stalinismo en los años treinta han planteado algunas cuestiones de interpretación.

⁴¹ R. V. Daniels: *The Stalin Revolution. Foundations of Soviet Totalitarianism*. Boston, D.C. Heath, 1965. Ulam, A. B.: *Stalin*. Barcelona, Noguer, 1973, 2 vols., es probablemente el estudio más completo de Stalin y el partido bolchevique. Tucker, R.: *Stalin as Revolutionary. A Study in History and Personality*. Nueva York, Norton, 1973.. Adams, A.E: *Stalin and his Time*. Nueva York, 1972. Hingley, R.: *J. Stalin. Mand and Legend*. Londres, 1974.

⁴² Tucker, R. : *Stalinism. Essays in Historical Interpretation*. Nueva York, Norton, 1977. Más importante, del mismo autor, otra monografía: *Stalin in Power. The Revolution from Above*. Nueva York/Londres, Norton, 1990. Urban, G.R.: *Stalinism. Its Impact on Russia and the World*. Londres, 1982.. Laqueur, W: *Stalin...* Graeme Gill: *Stalinism*. Londres, Macmillan, 1990.

⁴³ Una obra importante: Bialer, S.: *Los primeros sucesores de Stalin. Liderazgo, estabilidad y cambio en la Unión Soviética*. México, F.C.E., 1987.

⁴⁴ Kravchenko, V.: *Yo escogí la libertad*. Madrid, Nos, 1953.

La primera podría ser enunciada como la cuestión de la continuidad autocrática⁴⁵. La revolución desde el poder se había producido varias veces en la historia rusa, pero desde Pedro el Grande y Catalina, practicantes de una variante eslava del despotismo ilustrado, la evolución del país se había orientado en sentido europeo, con el objetivo de alcanzar a las naciones occidentales más desarrolladas. En esta línea resulta más difícil de interpretar la política autocrática de Stalin, durante bastantes años dirigida con más claridad contra Europa que hacia Europa. Remontándonos más en el tiempo, Iván el terrible sometió a los boyardos creando una nobleza de servicio; pero no trataba de modernizar ni de europeizar Rusia. La revolución autocrática stalinista alcanzó una escala sin precedentes cuando procedió al relevo de los cuadros y las bases del partido, sin que se haya podido probar que esta remoción gigantesca resultara imprescindible para el proceso de modernización, antes bien parezca que se intentaba la eliminación de cualquier foco de resistencia al poder, procediera de centros técnicos, que podrían objetar el ritmo de los planes quinquenales, o de centros políticos internos del partido, los únicos existentes o los únicos con capacidad de actuación.

La segunda cuestión planteada ha tenido como centro la personalidad de Stalin⁴⁶. Se ha escrito con abundancia sobre su crueldad, sobre su sadismo. La corriente de estudios que hemos llamado anteriormente «optimista» se ha esforzado en distinguir entre Lenin y Stalin, porque no se puede negar que sólo Stalin atacó al partido que había creado Lenin. En sus estudios sobre la Rusia soviética Jesús Pabón encierra en el círculo de un mismo juicio a Trotski, Lenin y Stalin, pero las investigaciones han avanzado lo suficiente como para que debamos introducir diferencias entre los padres de la revolución bolchevique. Ya antes de la salida editorial del estudio comparado entre Hitler y Stalin realizado por Bullock, iban revelándose puntos oscuros de este enigmático personaje. En las Memorias de su hija, Svetlana Stalin, aparece como una obsesión la fobia y el recelo hacia los judíos, obsesión que se intensificó en sus últimos días, cuando se preparaba un gran proceso contra médicos hebreos que la muerte de Stalin paralizó. En cualquier caso lo más relevante para el curso del comunismo no es la personalidad real del dictador sino la política que siguió.

De mayor importancia que los precedentes históricos o la psicología del dictador nos parece el cuadro institucional con el que se realizó su política⁴⁷. Muchos historiadores creen que fue el sistema el que creó la paranoia, porque intentó ser la respuesta a todos los problemas por medio de la subordinación de la sociedad al Estado-Partido, o dicho de otra forma porque diseñó un modelo totalitario. Con la revolución Rusia y después la U.R.S.S. abandonaron el capitalismo; con Stalin alcanzó el país un cierto nivel de desarrollo industrial,

⁴⁵ Yanov, A.: *The Origins of Autocracy: Iván the Terrible in Russian History*. Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1981.

⁴⁶ Carrère d'Encausse, H.: *Staline. L'Ordre par le terreur*. París, Flammarion, 1979. Svetlana Stalin: *Rusia, mi padre y yo*. Barcelona, Planeta, 1967.

⁴⁷ Werth, N.: *Être communiste en U.R.S.S. sous Staline*. París, Gallimard/Julliard, 1981.

pero en el balance debe contabilizarse no sólo el progreso sino además factores que afectaban a la vida de los ciudadanos, como la penuria, la falta de libertad, la regresión hacia la servidumbre mediante una red de controles (incluso la fijación al terreno de los ciudadanos mediante pasaportes y autorizaciones, que recordaban los controles de movimientos de los antiguos siervos). Ante la paradoja de que la Revolución había disminuído los bienes de consumo popular y los niveles de libertad los comunistas dieron diversas explicaciones. La más usual consistió en negar los problemas, la de Bujarin se remitió a que se trataba de una revolución incompleta, la tesis de Kruschev diferenció los primeros años, constructivos, del periodo stalinista. En todas ellas, y con mayor énfasis en la posguerra, en los años 40 y 50, se suprimía la realidad o se anegaba en una marea de propaganda.

Al margen de que el stalinismo tuviera antecedentes históricos en el pasado ruso, algunos estudios se han orientado hacia los procesos desencadenantes que derivaron en esta versión dura de una dictadura de partido. Gill y Fainsod interpretan que el stalinismo fue la respuesta a la necesidad de sumisión del campesinado y la burguesía⁴⁸. Fitzpatrick y Meyer destacan ante todo la presión internacional, que generó en Rusia un sentimiento de inseguridad⁴⁹. Por otra parte, la cuestión de si Stalin continuó la obra de Lenin o la traicionó no ha encontrado una respuesta única. Graeme Gill ha señalado diferencias y rupturas, concluyendo que de ninguna forma debe considerarse a Stalin heredero del legado del leninismo⁵⁰. Pero es más nutrida la nómina de estudiosos que ven las cosas de otra forma o que, cuando menos, confiesan algunas dudas sobre una cesura en la evolución del bolchevismo, versión escéptica planteada por Daniels en su análisis de los orígenes del totalitarismo soviético, y seguida por Lovell, Schapiro y Ulam⁵¹.

Definir la naturaleza del stalinismo se ha convertido en la cuadratura del círculo de la publicística⁵². Entre otras notas del stalinismo maduro Bialer⁵³ señaló el sistema de terror en masa, la extinción del partido como movimiento, un modelo de crecimiento económico dependiente de objetivos de poderío militar, el sistema de dictadura personal, el fin del impulso revolucionario por cambiar la sociedad y la persistencia de una actitud conservadora. Malia⁵⁴ ha destacado

⁴⁸ Gill, G.: *The Origins of the Stalinist Political System*. Cambridge University Press, 1990. Fainsod, M.: *Smolensks...*

⁴⁹ Fitzpatrick, Sh.: «New Perspectives on Stalinism». *The Russian Review*, nº 45 (1986).

⁵⁰ Gill, G.: *Stalinism*, p. 6.

⁵¹ Daniels, R. V.: *The Stalin Revolution...*, y *Stalin's Rise to Dictatorship. 1922-1929*, en Dillin, A. y Westin, A. F. (eds.): *Politics in the Soviet Union. Seven Cases*. Nueva York, 1966. Lovell, D. W.: *From Marx to Lenin. An Evaluation of Marx's Responsibility for Soviet Authoritarianism*. Cambridge, 1984. Schapiro, L.: *The Communist Party of the Soviet Union*. Londres, 1970. Ulam, A.B.: *The Unfinished Revolution. An Essay on the Sources of Influence of Marxism and Communism*. Vintage, 1960.

⁵² Gill: *Stalinism*, p. 57.

⁵³ Bialer: *op. cit.* p. 24.

⁵⁴ Malia: *La tragédie...*, p. 405.

su vocación unitaria, de carácter totalitario: un solo jefe, única doctrina, una sola línea correcta, una institución omnicompetente —el Partido—, auxiliada por organizaciones subalternas (Gosplan, Policía, Ejército). A Bialer le parece que el modelo totalitario, un denominador común de los estudios, no resuelve la especificidad del modelo stalinista, porque no diferencia entre la naturaleza revolucionaria temprana y la posterior, sumamente conservadora, del sistema. «Sugieren (esos estudios) que el impulso «totalitario» de remodelar la sociedad es continuo, y no reconocen la característica clave de la Rusia de finales del período staliniano y posterior: su naturaleza profundamente conservadora, internamente orientada hacia el statu quo»⁵⁵. No vemos que sean contradictorias las definiciones, aunque existan matices según la fase de que hablemos. El stalinismo pleno, el de los años treinta, fue un sistema totalitario; el stalinismo de posguerra, el que Bialer llama maduro, fue un sistema conservador, lo que no quiere decir que hubiera experimentado una mutación de su naturaleza.

5. UN ORDEN TOTALITARIO

En 1928 Yuri Piatakov, cuando todavía no podía prever que sería una de las víctimas de las purgas, escribía: «Nosotros (los bolcheviques) no somos como los demás (...) Si el Partido lo exige, si es necesario o importante para el Partido, somos capaces, por un esfuerzo de voluntad, de arrancar de nuestra cabeza en veinticuatro horas ideas que habíamos profesado durante años (...). Si, yo vería negro allí donde antes creía ver blanco, e incluso donde lo veo todavía, porque para mí no hay vida fuera del Partido o en desacuerdo con él»⁵⁶. No sabemos si Orwell había leído a Piatakov cuando escribió «1984», su genial radiografía del totalitarismo, pero la coincidencia de perspectiva es total. Se cree antes lo que dice el Gran Hermano que lo que se ve. Del control de la sociedad se ha llegado al control del pensamiento. Quizás fue la nota diferencial del modelo soviético, porque nada parecido podría ser leído en Italia, ni siquiera en Alemania, donde Goebbels se afanó en dirigir la información y la cultura pero no se propuso controlar además los pensamientos.

El instrumento para la consecución de este orden absoluto fue el Gran Terror, que se proyectó en tres niveles: la cúpula del partido (procesos), las bases del partido (purgas), el pueblo soviético (Gulag). Pero antes de tocar este tema procede dedicar algún espacio a la sumisión de la cultura, el otro pilar, porque en este círculo se consiguió el control del pensamiento.

La idea de que al poder correspondía la regulación del mundo de la cultura estuvo presente desde el primer momento en Octubre, pero se hizo con cierto respeto hacia una esfera por naturaleza autónoma. Lunatcharski, el Comisario encargado de esta área, mantuvo relaciones cordiales con los escritores y ar-

⁵⁵ Bialer: *op. cit.* nota en página 24.

⁵⁶ La cita de Piatakov en Malia: *La tragédie...*, p. 305.

tistas, Lenin confesaba su admiración por Beethoven, Trotski y Bujarin pedían tolerancia. Al mismo tiempo se inauguraba la era de la cultura proletaria, con nuevos temas y misiones para los creadores⁵⁷. Uno de sus pontífices fue Maikovski. A partir de 1929 Stalin imprimió paulatinamente un cambio a la política cultural⁵⁸, apuntando la teoría de que si al Estado corresponde la lucha contra el analfabetismo es de su competencia asimismo el dictado de los planos superiores del saber.

La cultura a la soviética se convirtió en un instrumento más de la propaganda, aunque se aureolara su misión con el timbre de defensa del socialismo. Con el cambio de concepción cayeron en desgracia o fueron marginados los primeros héroes del pensamiento proletario. Maikovski se suicidó en 1930. Prokovski, intérprete de la historia de Rusia en clave de lucha de clases⁵⁹, durante algún tiempo autor oficial para las universidades, fue considerado excesivamente abstracto para movilizar a los estudiantes y aparecieron alevines más jóvenes y dúctiles a las consignas. Aunque sin ritmo temporal, la cultura se consideraba susceptible de planificación, al modo de los planes quinquenales en la agricultura o la industria. Asociaciones promovidas desde despachos políticos, como la Asociación de Escritores Proletarios o la Unión de Cineastas, Unión de Compositores, Unión de Artistas, facilitaron el encuadramiento. En filosofía se estableció que sólo existía una línea ortodoxa, la que llevaba de Marx a Lenin, y se denunciaron las desviaciones no marxistas. En 1938 publicó Stalin la «Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética», más conocida por «Curso abreviado», donde incluyó un capítulo sobre filosofía, a partir de ese momento calificado como el modelo de materialismo dialéctico. En historia una carta de Stalin indujo a la eliminación de la escuela de Prokovski para recuperar a los héroes del poder, Iván el Terrible y Pedro el Grande, con el objetivo de rehabilitar los episodios históricos autoritarios mientras se suprimían otros rasgos, como la fe ortodoxa o la cultura campesina. En las historias de la revolución quedó borrado el nombre de Trotski, el gran proscrito, dictado que se mantuvo en periodos posteriores. En la oficial «Historia de la gran revolución socialista de octubre»⁶⁰ se detalla la composición de comités menores mientras se omite el del primer Consejo de Comisarios del Pueblo, sólo para que el nombre de Trotski no aparezca en ningún momento.

En 1932 fue fundada la Unión de Escritores, con Gorki como presidente de honor, y en 1934 celebró su primer Congreso. El artículo 1º de sus Estatutos recogía «la participación activa de los escritores en la edificación socialista». Un

⁵⁷ Brajnovic, L. : *Literatura de la Revolución bolchevique*. Pamplona, Eunsa, 1975.

⁵⁸ Günter, H. : *The Culture of the Stalin Period*. Londres, Macmillan, 1990. Fitzpatrick, Sh. (ed.): *Cultural Revolution in Russia. 1928-1931*. Bloomington, Indiana University Press, 1988. Brown, E. J.: *The Proletarian Episode in Russian Literature. 1928-1932*. Nueva York, Columbia University Press, 1953.

⁵⁹ Pokrovski: *Historia de Rusia*. Barcelona, Akal, 1977.

⁶⁰ VV.AA. (sin enumerar sus nombres en varias ediciones): *Historia de la gran revolución socialista de Octubre*. Moscú, Progreso, 1977.

discurso de Zdanov (1946), secretario del Comité Central del Partido, sobre el realismo socialista es el documento más diáfano sobre la política soviética en el campo de la literatura. Zdanov afirmó que los escritores eran ingenieros del alma humana —expresión que tomó de Stalin— y debían proponer modelos heroicos. En el stalinismo de posguerra fueron definidos con más detalle los principios que debían guiar al escritor. El primero, según Pabón⁶¹, el activismo, al rechazarse el arte por el arte, el puro goce estético, lo que llevó a rechazar ideas y sentimientos que no contribuyeran a la acción. Según este principio la duda y el pesimismo debían ser erradicados. Segundo principio, el realismo, definido en 1934: «El Realismo consiste en la descripción verídica y concreta de la realidad en su desenvolvimiento revolucionario, descripción capaz de mover al lector, de educarlo en el espíritu de lucha por la edificación del socialismo»⁶². Por supuesto, principio medular, el socialismo. Stalin decía que la Literatura será «socialista por su contenido». La inclusión de la poetisa Anna Ajmátova en un Índice de autores prohibidos fue justificada por Zdanov por su contenido individualista: «Nuestra Literatura no es una empresa privada». Finalmente, el partidismo, la defensa del Partido, se convirtió en misión inexcusable.

La lista de escritores prohibidos incluyó al lado de Ajmátova otros nombres: Mijaíl Bulgákov, Isaak Bábel, Marina Tsvietáieva, Andrei Platonov. Y el más ilustre, Boris Pasternak, obligado años después a renunciar al Premio Nobel de Literatura. En Rusia su gran novela, «El Doctor Jivago», sólo fue editada durante el deshielo de la Perestroika. Las peripecias sufridas por estos autores han salido a la luz tras la investigación realizada por Shentalinski en los archivos del K.G.B.⁶³.

Del ordenancismo del realismo socialista no se libró la música, en teoría un lenguaje abstracto, difícil de identificar ideológicamente aunque susceptible de su empleo como galvanizador de las emociones colectivas, dimensión que comprendieron en todas sus posibilidades los dirigentes nazis al uniformar la vida alemana. Ha vivido la música rusa en el siglo XX una segunda edad de oro, pero en el contexto de un régimen planificador los compositores sufrieron con frecuencia presiones sobre su actividad creadora y en casos concretos recorrieron un vía crucis personal. Entre los más ilustres, Stravinski vivió casi toda su vida fuera de Rusia. Prokofiev pasó una etapa en Estados Unidos, y al regresar encontró un escape en el cine, en su colaboración con Eisenstein. Más relacionado con las instancias políticas, Shostakovich pudo comprobar que

⁶¹ Pabón, J.: *Bolchevismo y literatura. La novela soviética en sus creaciones típicas*. Madrid, 1949.

⁶² Pabón, J., *ibidem*. Marcuse, H.: *El marxismo soviético*. Madrid, Revista de Occidente, 1967. El autor, aún moviéndose en una órbita ideológica marxista, critica la represión de la cultura: «el realismo soviético se ajusta al modelo de un Estado represivo».

⁶³ Las novelas de esta literatura reprimida están siendo editadas por Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg. Vid. art.º de Arcadi Espada: *Una tragedia rusa* en «Babelia» de «El País», 24 de abril de 1999. Sobre los Archivos del K.G.B., Andrew, Ch. y Gordiewsky, O.: *K.G.B. La Historia interior de sus operaciones desde Lenin a Gorbachov*. Barcelona, Plaza y Janés, 1991. Sudoplatov, P. y Sudoplatov, A.: *Operaciones especiales*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994.

los criterios estéticos oficiales eran incompatibles con la vanguardia, actitud conservadora que coincidía con la de los prebostes del nazismo. La evolución de su ciclo sinfónico hacia fórmulas relativamente liberadas de la tonalidad y la armonía disgustaron a los jerarcas, sufrió el acoso que merecía su «disidencia» y se vio obligado a entonar un «mea culpa» y retornar a cánones tradicionales en su 5ª sinfonía. Uno de los intérpretes excelsos de esta centuria, el violonchelista Rostropovich, por dar cobijo en su hogar a Solzenitsin hubo de abandonar Rusia.

En el cine otra figura, Eisenstein, supo desenvolver su genio dentro de los cánones ortodoxos porque orientó su producción primero a un ciclo sobre la revolución y posteriormente a la exaltación del autoritarismo histórico en la figura de Iván el Terrible, en consonancia con los requerimientos de la historiografía oficial y los deseos de Stalin, pero las exigencias de la Unión Oficial de Cineastas probablemente asfixiaron la creatividad de otros directores.

No se puede negar que Rusia aportó figuras cimeras de la matemática y la física a la ciencia del siglo xx, lo que demuestra la riqueza humana de un pueblo maduro, pero las orientaciones académicas y las dificultades para salir al extranjero o asistir a Congresos pusieron un dique a este caudal de posibilidades. Los rumbos oficiales se apoyaban en otros carriles. El biólogo exaltado por el régimen, Lyssenko, negaba las leyes de Méndel, y durante años se rechazó a Einstein y sus teorías, lo que no impediría que siguieran apareciendo personalidades singulares, en una cohorte donde figuró Sajarov, o Lev Landau, premio Nóbel de Física.

El control y la condena quedaron insertos en el sistema, como prueba la serie de figuras que terminaron siendo réprobos en su país: Pasternak, Solzenitsin, Rostropovich, Sajarov. No obstante con más nitidez definió el totalitarismo el fenómeno conocido bajo el nombre de «El Gran Terror»⁶⁴. Porque la atmósfera de vigilancia fue respirada además de por los intelectuales por el propio partido en todos sus niveles y por todas las capas de la población. En la represión sin fronteras se cumplió lo que Hanna Arendt definió concepción totalitaria del delito, que consistía no en una infracción real de una norma legal sino simplemente en un hecho imaginado por el poder y reprimido como instrumento de advertencia. No resulta fácil señalar causas para una política en la que se encadenaron los procesos, las purgas y los campos de trabajo, si bien se han apuntado algunas: posición todavía insegura de Stalin hasta 1934, situación

⁶⁴ El especialista reconocido, Conquest, R.: *El gran terror (Las purgas stalinianas de los años treinta)*. Barcelona, Caralt, 1974, y su puesta a punto: *The great Terror. A Reassessment*. Londres, Hutchinson, 1990. Tucker, R. C. y Cohen, S. F.: *The Great Purge Trial*. Nueva York, Grosset and Dunlap, 1965. Remitimos a los testimonios de Suvarin y Medvedev, citados anteriormente, a la versión de Trotski: *La Revolution trahie*. París, Grosset, 1937, y a las Memorias de Nikita Krushchev: *Souvenirs*. París, Laffont, 1971. Asimismo son importantes los testimonios del responsable de los servicios secretos soviéticos, Krivitsky, W.: *Agent de Staline*. París, Cooperation, 1940, y del ex dirigente comunista yugoslavo Ciliga, A.: *Au Pays du Grand Mesonge*. París, Gallimard, 1938, donde relata sus recuerdos del campo y la prisión.

inestable del partido, situación internacional peligrosa. En «El Doctor Jivago» Pasternak apunta como origen el fracaso de la colectivización y las críticas que comenzaban a aparecer en ciertos medios. En la represión irían cayendo antiguos oponentes, cuadros de la industria, cuerpo de oficiales, elites culturales, policía.

Instalado Trotski en París, las críticas en torno a la colectivización preocuparon al dictador, quien encontró en el asesinato de Kirov el pretexto para destrozar a los críticos. En la novela «Los hijos del Arbat» Anatoli Ribakov proporciona claves para interpretar que el asesinato del Secretario del Partido en Leningrado pudo ser inducido por Stalin. En ese supuesto, nos encontraríamos con la táctica de Hitler en el incendio del Reichstag. Pero es más probable que fuese una decisión autónoma de la K.G.B., aunque también se ha apuntado pudiera tratarse de un crimen por motivos estrictamente personales (pasionales). Por otra parte el partido había crecido vertiginosamente y no todos los recién llegados eran dóciles ni sinceros en su fe política; en 1933 400.000 incompetentes, calificados como «enemigos de clase», fueron expulsados. En los años siguientes continuó el doble proceso de decenas de miles de expulsiones y una cifra similar de ingresos, con lo que en 1938 1.500.000 de nuevos miembros del Partido recién ingresados debían sus puestos a Stalin. Tercer motivo de las purgas: la situación internacional, amenazadora para la U.R.S.S. desde el acceso de Hitler al poder en Berlín. Contemplado primero el Führer como un «Kornilov alemán», su política expansiva por Centroeuropa se convirtió en una amenaza. Es posible que el dirigente nazi proporcionara al dirigente soviético el modelo de las purgas con «la noche de los cuchillos largos».

En los grandes procesos⁶⁵, desde agosto de 1936 a finales de 1938, caerían sucesivamente la Vieja Guardia, con Zinoviev y Kámenev, la antigua oposición, con Piatakov, Bujarin y Rikov, la policía con Yagoda, el ejército, con Tujachevski. Más que la severidad de las penas y la inconsistencia de las acusaciones elaboradas por el fiscal Vichinski, en Occidente llamaron la atención las autoacusaciones, dispuestos los acusados a aceptar la pena de muerte como un último servicio al Partido. Durante los juicios una comisión norteamericana presidida por Dewey estimó que se trataba de procesos amañados, a lo que replicó un manifiesto de intelectuales encabezado por Granville Hicks y el periodista Walter Duranty. El recurso a la tortura física o la tortura psíquica aparecen en «El cero y el infinito», la extraordinaria novela de Arthur Koestler, y está confirmado por testimonios de exiliados y acreditado en su momento por León Blum y posteriormente por Annie Kriegel, estudiosa de los procesos. La glasnost ha desvelado en cascada pruebas y testimonios. En enero de 1989 el coronel Alexander Livintsev recogía informes de integrantes de la NKVD en los que se afirmaba que «sin golpes ni torturas no había confesiones». El mis-

⁶⁵ «Les proces de Moscou» (presentados por P. Broué). París, Colección Archivos Julliard, 1964. Incluye documentos de los procesos, extractos de los debates del XX Congreso, documentación aparecida en la U.R.S.S. tras la muerte de Stalin, artículos de prensa y bibliografía comentada. Broué, P.: *Los procesos de Moscú*. Barcelona, Anagrama, 1988.

mo año 89 la Comisión Central de Control del Partido y el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú elaboraron sendos informes basados en documentos de los archivos del Comité Central, la KGB y varias instituciones⁶⁶. Aunque rehuyeron los detalles escabrosos, el reconocimiento de que la acusación fue amañada sin pruebas es categórico. Veamos, como ejemplo, un fragmento del informe de la comisión del Politburó en 1989: «En diciembre de 1934 no había absolutamente ninguna base para arrestar a G.E. Zinoviev, L.B. Kámenev y otras personas vinculadas con el caso del Centro de Moscú. El arresto de estas personas señaló el comienzo de la ejecución de un plan encaminado a utilizar el asesinato de Kirov para desacreditar políticamente y eliminar físicamente a figuras que habían sido opositoras, acusándolas de organizar, preparar y ejecutar este crimen»⁶⁷. Las cartas patéticas de Zinoviev a Stalin proclamando su inocencia no tuvieron respuesta.

La represión de los viejos bolcheviques afectó también a los protagonistas de Octubre, aunque varios, con mejor suerte que Zinoviev y Kámenev, tuvieron la posibilidad de exiliarse. Fue lo ocurrido a Antonov-Ovseenko, director del asalto al Palacio de Invierno, o a Raskolnikov, que dirigió a los marinos de Kronstadt. Otros pagaron con su vida culpas que no conocían, como el periodista Koltsov, a su regreso de la guerra de España, ejecutado en un campo. En cuanto a los policías, pasaron de verdugos a víctimas, como Yagoda y Yejov. La represión del ejército se inició con una figura gloriosa, el mariscal Tujahevski, y se extendió a los comandantes de los distritos militares. El Informe de Vorochilov en 1938 calcula 40.000 oficiales arrestados o asesinados; el de Volgokonov en 1988 contabiliza 43.100, muchos de ellos liberados al producirse la invasión alemana para restaurar los cuadros debilitados del ejército.

Las purgas en el partido son de difícil precisión, aunque disponemos de viñetas, como los discursos del XXII Congreso del Partido (octubre de 1961) y testimonios de víctimas publicados en Occidente (Memorias de Ivanov-Razumnik y de Margarete Buber-Neuman, viúda de un miembro del Buró), o el relato del profesor Swianiewicz, estudioso de la organización económica de los campos. Resulta útil comparar los datos de dos Congresos. En el xvii (1934) tenía el P.C.U.S. 2.817.000 afiliados, en el xviii (1939) había descendido a 1.568.000; a la diferencia habría que sumar los miembros nuevos y deducir las bajas por razones diversas, desde fallecimientos hasta expulsiones que no iban acompañadas de detención, y quedaría una cifra de cerca de un millón de miembros del Partido arrestados. En realidad las purgas formaron parte de un plan más amplio que afectó a la población de la Unión Soviética de forma global. Por medio de procesos y purgas Stalin dispuso de un nuevo Partido y una cúpula renovada, al producirse la llegada de una segunda generación de cuadros que regiría la vida rusa hasta finales de los ochenta. La clase política de posguerra, donde aparecen Krushev, Molotov, Breznev, Gromiko, Kossiguin,

⁶⁶ «Nueva luz sobre los procesos de Moscú», en Apéndice de Laqueur, W.: *Stalin*.

⁶⁷ *Ibidem*, p. 336.

Suslov, Andropov, al margen de la evolución posterior de cada uno se identifica estrechamente con los beneficiarios de las purgas.

Las levas para los campos de trabajo, argumento del «Archipiélago Gulag» de Solzenitsin, tuvieron en cada momento una composición social determinada⁶⁸. En los años veinte fue el turno de los disidentes religiosos o políticos; pero con la colectivización, a partir de 1929, los campos fueron el destino de los campesinos hostiles. Evan Mandsley⁶⁹ ha calculado que en 1929 fueron deportadas 380.000 familias campesinas, lo que equivale aproximadamente a 2 millones de individuos, y que entre 1929 y 1932 las ejecuciones oscilaron entre las 2.000 y 3.000 diarias, lo que supondría de 3 a 4 millones de campesinos ejecutados. Estas cifras, más recientes, basadas en la documentación que se puso a disposición de los investigadores con la apertura de los archivos soviéticos durante varios años, superan ampliamente las anteriormente publicadas, los dos millones del total de víctimas que estimó Petrov, un oficial de la N.K.V.D., o los tres millones de Dedijer, incluyendo ambos las fases posteriores, cuando se persiguió a los grupos étnicos instalados en las fronteras del imperio, o en la guerra a un elevado número de soldados, y en la victoria a colaboracionistas y de nuevo a pueblos alógenos.

En cualquier caso la cuantificación resulta difícil. Un estudioso de la población, Lorimer, con fuentes censales, estimó que las cifras de detenidos se acercaban a los siete millones⁷⁰. El especialista más conocido en el tema de la represión stalinista, Robert Conquest, calculó 12 millones de detenidos hasta diciembre de 1938, de ellos un millón de ejecutados y dos millones de muertos en los campos, pero este cálculo ha sido revisado al alza en una reedición de su obra. Con la glasnost salieron a la luz informes del K.G.B. con estadísticas de arrestos y ejecuciones inferiores a los calculados por los especialistas, pero también un informe secreto para Kruschev, elaborado por la misma institución, que elevaba su propia estadística. En octubre de 1988 en la revista Neva de Leningrado un escritor aseguraba que el número de arrestos había alcanzado los 16 millones, de los cuales entre 8 y 10 millones habían perecido en los campos. El historiador disidente Roy Medvedev en el órgano semioficial «Argumenti i Fakti» lanzó la cifra de 40 millones de víctimas de Stalin, incluyendo entre ellas a los deportados durante la segunda guerra mundial, y precisando que de cinco a siete millones serían los condenados en los campos, de los cuales fue fusilado un millón y una cantidad indeterminada murió en condiciones penosas⁷¹. Como vemos, el balance no coincide, pero aparece siempre una suma de varios millones. Los

⁶⁸ Ofrecen abundante material para el historiador las versiones literarias de los campos realizadas por Solzenitsin: *Un día en la vida de Iván Denisovich* y *El Archipiélago Gulag* (de ambos, varias ediciones en castellano).

⁶⁹ Mandsley, E.: *The Stalin Years*, Vid. cap. 7, un balance en p. 98.

⁷⁰ Lorimer: *La población de la Unión Soviética. Historia y perspectiva*. Ginebra, Sociedad de Naciones, 1964.

⁷¹ Laqueur, W.: *Stalin*, pp. 127 y ss.

cálculos más recientes⁷² estiman que en la Unión Soviética falleció por razones políticas aproximadamente un número de personas equivalente a las pérdidas de la segunda guerra mundial, estimadas en 20 millones de muertos. Walter Laqueur ha contrastado y revisado las diferentes estimaciones acerca de la estadística de víctimas de la represión stalinista, y concluye: «Lo que sucedió en la Unión Soviética fue un hecho sin precedentes en tiempos de paz en la historia moderna».

6. LA REFORMA IMPOSIBLE: LA PERESTROIKA

Después de la muerte de Stalin su herencia fracturó en dos líneas la cúpula soviética: la ortodoxa, vinculada al respeto de su memoria, y la crítica, en la cual surgieron líderes conscientes de que el totalitarismo equivalía a la parálisis de la sociedad soviética imposibilitando su progreso.

El primer intento reformador fue protagonizado por Kruschev, cuya política se centró en la respuesta a dos preguntas: ¿Cómo enterrar la herencia de Stalin?, ¿cómo alcanzar a los Estados Unidos? La desestalinización, introducida abruptamente en el XX Congreso (1956), y el «New Deal a la rusa» para incrementar los bienes de consumo finalizaron con el golpe de palacio de 1964, que restauró el comunismo de nomenklatura durante el periodo regido por Breznev. No se repetiría la orgía de despotismo del stalinismo; no obstante, aunque con fórmulas más civilizadas, que se iniciaron con el respeto físico por el defenestrado Kruschev, el sistema retornó a su situación de esclerosis. El segundo intento liberalizador, muy breve, fue ensayado en los años 80 por Andropov.

Estos antecedentes fueron de menor alcance en comparación con el ambicioso intento de revisión del modelo y de la historia soviética desatado por Mijail Gorbachov a partir de 1985. No podemos aquí ocuparnos de las fases ni de los fundamentos de la Perestroika; observemos, no obstante, que la apertura de un régimen hermético provocó su desmoronamiento, planteándonos interrogantes acerca de la fragilidad del modelo comunista. Entre la publicística desencadenada por la Perestroika pueden encontrarse desde elogios al gran estadista que intentó lo imposible, imagen que nos aporta J.B.Raimond, el embajador francés en Moscú, hasta el retrato de piloto perdido en la tempestad,

⁷² Stephan Courtois et alii: *El libro negro del comunismo*. Barcelona/Madrid, Planeta/Espasa, 1998. En conjunto tenemos algunas reservas para aceptar que un negativo, como sugiere el título, equivalga a una fotografía; dicho de otro modo, nos parece que debe contextualizarse y no individualizarse el fenómeno más trágico del balance del comunismo. No obstante, a pesar de que se detecten desigualdades y desenfoces en algunos capítulos, otros son valiosos. La parte referida a Rusia: «Un Estado contra su pueblo», está firmada por un especialista prestigioso, Nicolás Werth, cuya dedicación a la historia de la vida cotidiana en la U.R.S.S. (vid. notas 30 y 47) disminuye cualquier sospecha de parcialidad. Martín de la Guardia, R. M. y Pérez Sánchez, G. A.: *Derechos humanos y comunismo*. Madrid, Arco, 1999.

sin rumbo, dominado por el oleaje que él mismo provocó, presente en los siempre sugestivos ensayos de Carlos Taibo⁷³; o, por ceñirnos a los estudios globales que hemos destacado al principio, la versión crítica de Malia y la admirativa de Brzezinski. Malia⁷⁴, aun reconociendo la estatura de estadista de Gorbachov, y en particular el giro que imprimió a la política internacional al propiciar el nuevo pensamiento que puso fin a la guerra fría, cree que fue arrastrado en el interior por los acontecimientos, porque no vio que había que salir del sistema, ni en el plano económico, donde nunca pensó en desmontar el estatismo, ni en el plano político, donde creyó posible, al menos en las primeras fases, la evolución democrática con un solo Partido, el P.C.U.S., y se sintió heredero del proyecto leninista. Añade que si su proyecto hubiera sido democrático se trataría de un traidor a su mundo ideológico y estaríamos hablando de un Secretario General que intentó dar un golpe de Estado desde su mesa de despacho. Por el contrario Brzezinski⁷⁵ considera a Gorbachov la personalización de una nueva cultura política, señalando que a diferencia de los ortodoxos, con Ligachov a la cabeza, que intentaban una política controlada desde arriba, Gorbachov esbozó una transformación desde abajo en sentido democrático, e interpreta que los meandros de su política demuestran su finura intelectual, porque ante los obstáculos buscaba nuevos caminos. No se ha dicho la última palabra sobre la significación de Gorbachov, pero creemos que no es su figura auténtica lo relevante para un balance del comunismo sino el papel que desempeñó su proyecto.

Brzezinski señala tres fases en la historia soviética: 1ª), partido totalitario; 2ª, Estado totalitario; 3ª, Estado paralizado. Aunque la periodización podría plantearse de otras formas, nos parece que Gorbachov centró su proyecto en la fase 3ª, intentando revitalizar la sociedad, luchó posteriormente contra la fase 2ª, el totalitarismo, y tardó en percatarse de que tenía que asumir el enfrentamiento con el Partido, fase 1ª. Para aclarar el alcance de la reforma, que fue mucho más lejos que la diseñada por Kruschev, apuntemos sus pasos, más que sus periodos, porque se superpusieron los avances y los retrocesos, las metas claras y las dudas.

a) Necesidad de la reforma. Ya antes de su nombramiento como Secretario General (11 de marzo de 1985), Gorbachov habló, en sus conversaciones en Canadá con Alexander Yakovlev o dentro de Rusia con Shevarnadze, de la necesidad de salir de una parálisis que incrementaba los problemas de los ciudadanos. Quizás porque los ortodoxos barruntaban su inconformismo, a lo que contribuía su curriculum de protegido de Andropov, fue tan sorda la lucha por el poder tras la muerte de Tchernenko, lucha analizada diáfananamente por

⁷³ Raimond, J. B.: *Le choix de Gorbachev*. París, Odile-Jacob, 1992. Taibo, C.: *La Unión Soviética de Gorbachov*. Madrid, Fundamentos, 1989; *La Unión Soviética (1917-1992)*. Madrid, Síntesis, 1993.

⁷⁴ Malia: *La tragédie...*, p. 518 y ss.

⁷⁵ Brzezinski, Z.: *El gran fracaso*, pp. 50 y ss.

Mezzetti⁷⁶. Instalado en la Secretaría General, la publicidad que se dio a la necesidad de la reforma supuso la ruptura de la mitología del modelo difundida por la propaganda.

b) Apoyo político para la reforma. Es evidente que un reformador necesita un apoyo colectivo y organizado para llevar a cabo sus ideas, e inicialmente sólo disponía del Partido comunista; así lo reconoce en su libro «Perestroika»⁷⁷. Empero, ante su resistencia al cambio, incorporó paulatinamente nuevas fuerzas sociales, incluso a los nacionalistas, alianza que se convertiría en una bomba de relojería porque la caldera nacionalista contribuiría decisivamente al desmembramiento de la U.R.S.S. Estas alianzas, que rompían el monopolio político del Partido, produjeron el choque con el Aparato. Comprobada la confrontación, Gorbachov no dudó en apelar a las bases populares, apelación que recuerda la llamada de Lenin a los soviets⁷⁸. De ahí que hable en su libro de una revolución tan profunda como la del año 1917.

c) El referente exterior⁷⁹. Liberarse de la competición armada con los Estados Unidos para reorientar los recursos al desarrollo interno fue visto como la única salida, actitud que contrastó con la competitiva de Kruschev. Si en economía puede hablarse de otra N.E.P., en política exterior podría ser considerado un segundo Brest-Litovsk el abandono de la guerra fría, opción decisiva para las relaciones internacionales.

d) El instrumento. La *glasnost*⁸⁰ supuso el estallido pacífico de la sociedad soviética. Representaba el retorno de la palabra. Si un recurso esencial del totalitarismo había sido la corrupción del lenguaje, la liberación de la información equivalía a la extinción del totalitarismo.

e) El ideal democrático. Habiéndose instrumentalizado el concepto de democracia, sustantivo al que en el siglo xx se le han uncido innumerables adjetivos no ya restrictivos sino incluso contradictorios con su contenido semántico, no resulta fácil deslindar qué tipo de democracia se intentaba con la Perestroika. Quizás ideal confuso en la niebla mental del mundo socialista, estuvo presente como meta en Gorbachov desde el primer momento aunque no viera con claridad el camino. Sin duda la oligarquía soviética le había aupado a la Secretaría porque esperaba salvar el sistema, y Gorbachov mismo creyó en la

⁷⁶ Mezzetti, F.: *Gorbachov. La trama del cambio*. Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

⁷⁷ Gorbachov, M.: *Perestroika. Mi mensaje a Rusia y al mundo entero*. Barcelona, Ediciones B, 1987.

⁷⁸ Pla, A. (compilador) (Abalkin, Medvedev, Afanasiev): *Perestroika y socialismo. Una revolución política de nuestro tiempo*. Buenos Aires, Tierra de Fuego, 1988. Dawisha, K.: *Eastern Europe. Gorbachev and Reform. The Great Challenge*. Cambridge University Press, 1988. Castells, M.: *La nueva revolución rusa*. Madrid, Sistema, 1997.

⁷⁹ Hasegawa, T. y Pravda, A. (eds.): *Perestroika: Soviet Domestic and Foreign Policies*. Londres, Sage, 1990.

⁸⁰ Nove, A.: *Glasnost in Action: Cultural Renaissance in Russia*. Boston, Unwin Hyman, 1989. Lane, D.: *Soviet Society under Perestroika*. Boston, Unwin Hyman, 1990. Una relación de escritores recuperados, en Gorbachov, M.: *Memorias*. Barcelona, Círculo de Lectores/Plaza y Janés, 1996. pp. 361-362.

posibilidad de un sistema comunista democrático como el defendido en la Primavera de Praga, pero sus escritos y discursos dejaban claro que se trataba de algo diferente a lo implantado en la U.R.S.S. Antes del acceso a la Secretaría General había hablado de la sustitución del totalitarismo. En el poder, agobiado por las presiones de los ortodoxos y de los demócratas, dudó varias veces. Su decepcionante discurso del 70 aniversario de la Revolución (7 de noviembre de 1987) se convirtió en un canto a la ortodoxia. Pero las fintas no alteraron la trayectoria o no podían ya ser el dique para una sociedad en ebullición. La glasnost había desmontado setenta años de trabajo ideológico.

La duda cartesiana de Malia, con su lectura de que si intentaba Mijail Gorbachov una democratización auténtica habría que entender que se trataba de un traidor, nos parece que va demasiado lejos, porque Gorbachov no intentaba desarbolar el modelo sino salvarlo, sin comprender, al menos en el primer momento, que la reforma que intentaba implicaba un cambio de la naturaleza del sistema. Su esfuerzo no se dirigió contra el comunismo sino contra su versión stalinista, y en esto, en el desmontaje del stalinismo de fondo, como anota Reiman, se concentraba su proyecto. En nuestra opinión el contraste entre el modelo stalinista y el dibujado por la Perestroika podría resumirse en cuatro puntos: 1. El stalinismo fue un sistema político totalitario; la Perestroika se presentó como un proyecto de evolución hacia la democracia. 2. La primacía ideológica del stalinismo, y del bolchevismo en general, separó teoría y práctica, marginando uno de los dogmas fundamentales del marxismo, en tanto que los padres de la Perestroika unieron teoría y práctica dentro de un programa que buscara respuestas a los problemas reales de la sociedad. 3. El periodo stalinista supuso una contrarrevolución social, con la colectivización forzada y la anulación de los derechos de los ciudadanos; frente a la contrarrevolución social se propugnó durante la Perestroika la evolución hacia un Estado de derecho. 4. La práctica de Stalin derivó en una política de terror masivo, atenuada pero no clausurada por sus sucesores; con Gorbachov se suprimió el terror como arma política, y así lo demuestra el retorno de los disidentes, entre ellos Sajarov, quien escribió al primer mandatario para denunciar en un determinado momento que este retorno no se había completado todavía.

Aunque alberguemos dudas sobre el concepto de democracia de Gorbachov, de ella habla con insistencia en términos que podríamos considerar más vinculados al pensamiento occidental que a la tradición rusa. En la disyuntiva de la Rusia contemporánea entre europeístas y eslavófilos Gorbachov aparecería sin duda en el campo de los europeístas. Y no se trató sólo de teoría recogida en discursos sino de una práctica que introdujo un procedimiento tan inencajable en las épocas ortodoxas de la Unión Soviética como la convocatoria de elecciones plurales.

Para apoyar su crítica del stalinismo totalitario, Gorbachov denunció sus fallos, entre otros la planificación económica y la burocracia paralizante, concluyendo: «La grave crisis en que habíamos caído no era una crisis de ciertas

partes del organismo social: era la crisis del modelo mismo de comunismo cuartelario»⁸¹. Hacía un balance después del golpe de Agosto, lo cual metodológicamente nos obliga a formular reservas, pero textos similares pueden encontrarse durante los años de la perestroika plena.

En el discurso que pronunció Gorbachov el 7 de diciembre de 1988 en Naciones Unidas⁸² desarrolló sus concepciones sobre política exterior, afirmando que había llegado la hora de renunciar a la amenaza atómica, pero más ilustrativos resultan los pasajes donde exalta la importancia del respeto de los derechos humanos dentro de la U.R.S.S. Rompiendo con una línea de propaganda que había tenido uno de sus momentos estelares en la declaración de Vichinski en 1948, al aprobarse la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuando afirmó que en los países socialistas ya se cumplían todos esos derechos y que por tanto se referían únicamente a una obligación para los países capitalistas, Gorbachov planteó la defensa de los derechos humanos como un programa de gobierno pendiente, para que la U.R.S.S. cumpliera sinceramente con la celebración del 40 aniversario del trascendental documento.

Uno de los retratos más claros de un modelo que debía ser dejado en el desván de la historia fue el presentado por Gorbachov el 5 de julio de 1991 en Oslo con motivo de la recepción del Premio Nobel de la Paz⁸³. Por su fecha puede ser considerado casi un testamento. Aunque cantaba en clave patriótica la grandeza de Rusia y asumía su historia, denunció con extraordinaria agudeza los problemas del sistema político de la U.R.S.S.: una cúpula esclerótica, el dominio de la ideología sobre la política, la concepción del orden basado en la represión, la tensión con el Oeste como válvula de escape. Conviene leer con sus propias palabras este cuadro cargado de sinceridad y de aprensiones:

«Los que detentaban el poder sabían cuál era la verdadera situación del país, aquello que más tarde calificamos como «estancamiento». Veían que la sociedad no avanzaba, que se cernía sobre ella la amenaza de un retraso irreversible en comparación con un mundo tecnológicamente avanzado. La gestión absoluta de los bienes por parte del Estado y controlada en lo esencial de forma centralizada, un sistema de dirección burocrático y autoritario omnipresente, el absoluto dominio de la ideología sobre la política, el monopolio del pensamiento y de la propia ciencia, una industria militarizada que se apoderaba de todo lo mejor, incluyendo los recursos intelectuales más valiosos, la carga insoportable de unos gastos militares que impedían el desarrollo de los sectores civiles y socavaban las conquistas sociales que habíamos conseguido crear, pese a todo, durante la revolución y constituían en otros tiempos nuestro orgullo... Tal era la verdadera situación del país.

⁸¹ Gorbachov, M.: *El golpe de agosto. La verdad y sus consecuencias*. Barcelona, Ediciones B, 1991, p. 150.

⁸² En Gorbachov, M.: *Memoria de los años decisivos (1985-1992)*. Madrid, Acento, 1993. pp. 229 a 249.

⁸³ *Ibidem*, pp. 275 a 291.

Debido a todo ello, un país riquísimo que poseía posibilidades inmensas en todos los sentidos, rodaba cuesta abajo. La sociedad se marchitaba tanto económica como intelectualmente»⁸⁴.

Después del diagnóstico, el líder soviético apuntaba hacia la imagen mítica que los ciudadanos de la U.R.S.S. y quienes en todos los países habían creído en su evangelio de esperanza se habían forjado, señalando la propaganda y la represión como los dos carriles en que se había sostenido esta ideocracia: «La sociedad, influida y carente de información, ignoraba lo que sucedía en torno suyo y cuál era el porvenir inmediato que le aguardaba. Se reprimía la más mínima protesta», considerada siempre manifestación contrarrevolucionaria, calumnia o sedición.

En nuestra opinión la percepción de Gorbachov se distinguía por su clarividencia. Textos así hubieran sido imposibles de escribir durante los periodos en que Stalin o Breznev gobernaban como dueños la Unión Soviética; vaticinios menos atrevidos habrían deparado a sus autores destierros, cárcel o destinos más severos. Ahora bien, como decíamos, la cuestión no estriba en dilucidar si Gorbachov personalmente era el líder dispuesto a transformar la naturaleza del Estado soviético sino si ese programa era viable desde dentro del sistema. Posiblemente el modelo no era modernizable y había que salirse de él, y en tal supuesto las reformas de la Perestroika resultaban tan utópicas como si Roosevelt hubiera intentado aplicar el «New Deal» en la Rusia de Stalin.

La resistencia del Aparato, previsible desde el momento en que se había producido la lucha por la sucesión de Tchernenko, se intensificó con las primeras medidas de reforma y se convirtió en cuestión de supervivencia cuando se tocó el stalinismo, reacción consecuente si recordamos que los niveles altos de la nomenklatura estaban ocupados por los beneficiarios de las purgas. La rehabilitación de Bujarin, Zinoviev, Kámenev, Piatakov, Rikov, etc. podía inscribirse dentro de la ortodoxia bolchevique pero desde luego no parecía congruente con la herencia de Stalin; los verdugos y apoderados de los procesos la veían como la hora de la venganza de las víctimas.

Por otra parte, ante las primeras rendijas de libertad, explotó la queja de los intelectuales, dividiendo la sociedad rusa en dos campos. La publicación de «El Doctor Jivago» a principios de 1988 y las peregrinaciones de jóvenes escritores a la tumba de Pasternak, la edición de «Los hijos del Arbat» de Ribakov en junio de ese año, la de «Túnicas blancas» de Dudintsev, otra denuncia literaria del stalinismo, el retorno de Sajarov de su residencia forzada en Gorki (Nijni Novgorod), la línea editorial de revistas como «Novedades», «Novi Mir» y «Ogoniok» al lado de los cambios editoriales de «Pravda» e «Izvestia», la apertura de la televisión a las quejas cívicas, la revisión de los libros de historia, invitan a hablar de una «Primavera de Moscú» similar a la «Primavera de Praga» del 68. Y cómo en Praga, la explosión de libertad se dirigió en primer lugar contra el sistema, con la denuncia del pecado original del modelo, lo que re-

⁸⁴ *Ibidem*, p. 277.

sultaba inadmisibles para los ortodoxos. Porque no se trataba de un «aggiornamento», de un Vaticano II de esta iglesia laica, sino de una apostasía, del reconocimiento de que los dogmas bolcheviques carecían de validez para el progreso humano y que se habían impuesto por medios coercitivos de extrema crueldad.

De la misma o mayor influencia que las críticas de la glasnost para el desmontaje del régimen fue la introducción de la pluralidad política. En la primavera de 1989 se celebraron las elecciones que llevaron al triunfo de Yeltsin y de su partido «Rusia democrática» en Moscú. Con la reforma de la Constitución el P.C.U.S. pasaba de ser intérprete exclusivo a orientador en una dinámica de partidos cuyo papel dependería del favor de los electores. El artículo 6 suprimía el monopolio del partido comunista: «El P.C.U.S. y otros partidos políticos, así como los Sindicatos, organización de la juventud y otras organizaciones sociales y movimientos de masas, participan por medio de sus representantes elegidos para los soviets de diputados del pueblo y de otras maneras en la política del Estado Soviético, en el rumbo y dirección de los asuntos estatales y sociales».

En las elecciones de marzo de 1989 se produjo una participación de un 80% del electorado. Las listas diversas, la campaña electoral, los debates dibujaban un panorama más parecido al de las democracias occidentales que a la lista única, elaborada en un cenáculo de jerarcas, de las democracias populares. Esta metamorfosis explica el Golpe ortodoxo de agosto de 1991. Unos días antes, Gorbachov, en el «escrito de Crimea»⁸⁵, parecía, en sentido metafórico, abandonar el Palacio de Invierno. Hacía un balance positivo de la Perestroika, en cuanto que había desatado la fermentación social, y preveía la instalación de otro modelo. De hecho ya se había implantado otro modelo. El pluralismo había roto la historia de persecución de la disidencia. La elección había sustituido a la cooptación. Los dogmas de la nomenklatura-iglesia se topaban con más herejes que creyentes. La economía estatal de planificación central se encontraba en retirada ante el avance del mercado. El control del lenguaje y la escritura se diluía con el viento de la palabra libre.

7. EL DESPLOME

La caída del comunismo en agosto de 1991 pudo ser una sorpresa en la percepción diaria del lector de prensa, pero no lo fue tanto si tenemos en cuenta el efecto de dominó de la caída de los regímenes de democracias populares de Centroeuropa. Más sorprendente parece el estallido de la U.R.S.S. en diciembre de 1991. Si en agosto se comprobó el carácter totalitario del régimen y la repulsa extendida de la sociedad a su tinglado político, en diciembre se demostró la dimensión imperial de la Unión Soviética. La caída de los imperios ha ido acompañada en todos los casos de la fragmentación territorial, desde el imperio ro-

⁸⁵ Incluido como Apéndice en «El golpe de agosto».

mano al imperio turco o al imperio austrohúngaro, por tanto la dispersión política de la U.R.S.S. continuaba esta constante histórica de desintegración.

Se ha dicho alguna vez que 1989 fue un año milagroso. En el milagro del derrumbe en cadena de los regímenes del planetario soviético tuvo bastante que ver Gorbachov, con su política exterior del «Nuevo Pensamiento» y con su rechazo de la doctrina de la soberanía limitada de Breznev, cuando proclamó una versión actualizada de la vieja doctrina acerca de las diferentes vías nacionales del socialismo. En cierto sentido Mijail Gorbachov fue el Alejandro II del comunismo europeo. Sólo su política hizo posible la liberación, la libertad de opción y de movimientos de los pueblos del Este, sometidos a las aristocracias de las nomenklaturas.

De merecer algo el calificativo de sorprendente debería otorgarse al ritmo frenético del desplome. Timothy Garton Ash apuntó que Polonia había tardado diez años en derribar el comunismo; Hungría, diez meses; Alemania del Este, diez semanas; Checoslovaquia, diez días⁸⁶. Este «respeto» al sistema decimal nos trae reminiscencias de John Reed, los diez días que cambiaron el mundo durante la revolución de 1917.

Los satélites habían hecho su perestroika, y no es casualidad que el vertiginoso proceso se iniciara en los dos países más liberales: Hungría y Polonia. Estos países habían iniciado una política de respeto a los derechos humanos y tendido puentes hacia Occidente. El polaco Adam Michnik observó agudamente que Gorbachov era prisionero de su programa del «Nuevo Pensamiento», en cuanto que no podía reprimir movimientos surgidos en las fronteras exteriores de la U.R.S.S. sin arruinar su política exterior.

De los sucesos del 89 podría extraerse una lección aplicable a Gorbachov. Podían cambiar los líderes pero resultaba imposible que cambiara el sistema. Lo demuestra el proceso polaco. Jaruzelski dio pasos hacia la apertura democrática, pero con las elecciones el sistema se hundió. Lo demuestra el proceso húngaro. Poszgay fue el Gorbachov magiar, más que Gyula Horn, también aperturista pero con mayor inserción en el partido; ninguno de los dos resistió el envite popular, aunque Horn recuperara más tarde una carrera política. Polonia y Hungría, que coincidieron en presentarse como modelos de revolución de palacio o consentida desde palacio, derivaron a la postre en dos experiencias de harakiri del sistema y de sus partidos comunistas. En Checoslovaquia desempeñó la función de espoleta un factor exógeno, la caída del Muro, pero no puede desdeñarse la herencia del 68, episodio del que sobrevivían víctimas como Havel y reformadores como Dubcek. En Alemania del Este el inmovilismo de Honecker sirvió para demostrar que los muros estaban cuarteados, y el que él significaba cayó unos días antes que el Muro de Berlín. Donde el modelo totalitario intentó ser mantenido por un autócrata, como en la Rumanía de Ceausescu, la riada popular arrolló al líder en una ola de violencia que derivó en una transición incompleta.

⁸⁶ Garton Ash, T.: *The Magic Lantern*. Nueva York, Random House, 1990, p. 78.

Como en tantos otros fracasos históricos el proceso se desencadenó por una crisis económica⁸⁷ a la que se aplicaron terapias inoperantes. Si la Revolución francesa tuvo sus Necker, Calonne, Brienne, que intentaron hacer viable en términos económicos la monarquía absoluta, en la U.R.S.S. Abalkin, Rijkov, Yablinski, Shatalin con su «plan de los quinientos días», intentaron abrir el modelo, o cambiarlo cuando lo consideraron imprescindible. Pero siempre es tarde cuando no se llega a tiempo.

En el plano político una vez más la «revuelta de los privilegiados» precipitó los acontecimientos. Paulov, Pugo, Yanaev, Kriuchkov, el cónclave de ortodoxos, desempeñaron en forma colectiva el papel de Kornilov, el último intento de salvar el Antiguo Régimen, intento que radicalizó el proceso de la revolución democrática, en una especie de mueca de la historia que invertía los sucesos del verano de 1917. Gorbachov explicó el fracaso del Golpe de Agosto como un fruto de la Perestroika, que había enseñado a los ciudadanos a respirar el aire de la libertad. Puede parecer una justificación mental, pero lo cierto es que sin las instituciones que la reforma había puesto en funcionamiento no hubiera habido en la sociedad soviética centros capaces de oponerse a los deseos de la cúpula del sistema.

8. BALANCE DE UNA UTOPIA

La implosión de la U.R.S.S. constituye un fenómeno sin precedentes históricos. Una superpotencia militar, un país industrializado, un gigante demográfico y territorial, se desfondó sin derrota militar, por razones internas. La única explicación posible ha de buscarse en el material de que estaba hecho el edificio, inflexible, sin juntas, levantado de una sola pieza, que traducido de la arquitectura a la política son los rasgos del edificio totalitario. Uno de los apóstatas del comunismo, Morin, consideraba el partido único y su pretensión de monopolio interpretativo de la realidad como el culmen del totalitarismo: «Este partido es detentador absoluto y monopolista no sólo del Estado, del ejercicio del gobierno y de la actividad política, sino de la Verdad del Pueblo, de la Nación, de la Historia incluso»⁸⁸. La infalibilidad no se posee a medias, podríamos apostillar. A un sistema total correspondió un hundimiento total.

Una posible interpretación en dos actos. 1ª, el comunismo en su versión soviética no era reformable. 2ª, a pesar de ello el intento inútil de reforma permitió la transición. Sin perestroika no hubiera habido Golpe de Agosto, y sin

⁸⁷ Aganbegyan, A.: *La Perestroika económica. Una revolución en marcha*. Barcelona, Grijalbo, 1989. Palazuelos, E.: *La formación del sistema económico en la Unión Soviética*. Madrid, Akal, 1990. Winięcki, J.: *Las distorsiones en las economías de tipo soviético*. Barcelona, Civilización, 1980. Los cambios en los sistemas de trabajo se perciben en. Saborov, J.: *¿Qué es el comunismo?* Moscú, Progreso, 1987, libro en el que se defiende la tesis de que la retribución del trabajo según la cantidad y la calidad eleva la producción.

⁸⁸ Morin, E.: *Qué es el totalitarismo...*, p. 27.

éste no se hubiera precipitado la revolución democrática. Con una cierta licencia de la imaginación podríamos preguntarnos qué hubiera ocurrido sin el Golpe de Agosto, si los ortodoxos hubieran sido más pacientes o se hubieran encontrado más marginados y no en centros de poder. Seguramente Gorbachov y sus colaboradores hubieran corrido la suerte de los comunistas húngaros después de haber refundado un partido socialdemócrata dentro de un modelo plural. Los ortodoxos no permitieron tal eventualidad.

Entre el fárrago de fenómenos aparece como desencadenante el declive económico. Primero provocó la Perestroika, luego impidió que ésta llegara a puerto. Recordemos que es la tesis de Paul Kennedy, la caída de los grandes imperios se produce cuando asumen misiones excesivas para sus fuerzas económicas.

El fracaso interno nos plantea la cuestión del fracaso de la praxis. El comunismo en el poder produjo pobreza, atraso, desigualdad. Seguramente la desigualdad, la existencia de una clase política privilegiada⁸⁹, para la cual se reservaban viviendas, educación y atención sanitarias mejores que las que podía disfrutar el conjunto de los ciudadanos, constituye la contradicción más paladina de un régimen que teóricamente postulaba la igualdad absoluta.

Otra paradoja ha sido apuntada por Brzezinski. En teoría el comunismo, según la previsión de Marx, debía haberse producido en países desarrollados, donde se agudizaran las contradicciones del capitalismo, sin embargo triunfó en países atrasados: Rusia, China, Cuba, algunos países africanos, dejando dudas acerca de si es compatible el desarrollo y el modelo marxista. Constatando el incumplimiento de la previsión de Marx, añade Brzezinski: «No sólo era éste un diagnóstico erróneo, sino que en las postrimerías del siglo XX se abrió camino una proposición todavía más evidente: cuando más avanzada es la sociedad, menos importancia política tiene su partido comunista. Esta es la sorpresa central de la confrontación del comunismo con la historia»⁹⁰.

La historia ha refutado el ideal igualitario del socialismo integral, en cuyo seno la dictadura de partido propició la catálisis de otra clase dominante. Si en los albores de la contemporaneidad el predominio correspondió a la aristocracia y luego a la burguesía, en el siglo XX dentro de un modelo la clase dominante fue la burocracia política. En la práctica se redujo el comunismo a una revolución desde arriba impuesta permanentemente.

En el panorama de los totalitarismos el comunismo se ha destacado por su longevidad. El nazismo duró 12 años; el fascismo, 22, el comunismo, 74 (aunque perdure con otras fórmulas, por ejemplo en China, en un híbrido de capitalismo económico y comunismo político). Por otra parte, al predicar el nazismo un ideal de revancha no podía ser tan destructivo, porque necesitaba preservar ciertos instrumentos de ataque. Aunque en muchos aspectos el nazismo actuó

⁸⁹ Morozov, M.: *Quien manda en Rusia. El establishment soviético*. Barcelona, Aymá, 1977. Vid. además *El sistema soviético*, Fundación Pablo Iglesias.

⁹⁰ Brzezinski, Z.: *El gran fracaso*, p. 178.

con una crueldad incomparable, en otros su totalitarismo resultó menos extremo, en cuanto que contó con la industria, el capital, el mercado, localizó sus purgas y aun en la fiebre criminal de programas como la «solución final» no alcanzó en términos demográficos el número de víctimas de Rusia, donde la dimensión continental de su territorio convirtió en grandiosa la empresa de la represión. Asimismo destacó el bolchevismo por su potencial difusivo, porque entre los mitos totalitarios ha de señalarse la expansión territorial. Para Mussolini su sueño se reducía a restaurar un imperio mediterráneo; para Hitler se trataba, como anuncia en «Mein Kampf», de ocupar territorios en el Este para alimento y reserva del pueblo ario. En el caso de la Unión Soviética no se ciñó el expansionismo a un espacio vecino, o a incorporar territorios eslavos, sino que predicó una doctrina internacionalista de carácter jacobino que se proyectaría a través de los meridianos. Como señala Malia ni Hitler ni Mussolini formularon llamamientos del tipo de «nacionalistas de todos los países, uníos».

El coste humano de esta utopía fue elevado en cifras, posiblemente, como hemos indicado, de 20 millones de seres humanos por lo que al comunismo ruso se refiere, cifra que cada paso de la investigación tiende a incrementar. Pero también debe contabilizarse la diversidad de los grupos sociales afectados, menos localizados que en Alemania o Italia. Brzezinski enumera los principales⁹¹: ejecuciones durante la toma del poder, ejecuciones de opositores políticos en varias fechas, eliminación de grupos supuestamente hostiles, exterminio del campesinado independiente, deportaciones en masa, fallecimientos en campos de trabajo ..., relación a la que habrían de añadirse fenómenos de otra índole, como el enclaustramiento de los ciudadanos dentro del país o la ciudad, o el clima de miedo. Un inmenso ideal produjo un inmenso crimen, sentencia Malia.

En su discurso de recepción del Premio Nobel Gorbachov reconocía una historia autoritaria: «A lo largo de los siglos, en mi país todo se había ido resolviendo por la fuerza, lo que había dejado una huella difícil de borrar, sobre todo en la cultura política, si puedo usar esa expresión. Nuestra democracia nace con dolor»⁹². Pero también confesaba un destino de esperanza: «Un país plurilingüe, único por su interpenetración étnica, su diversidad cultural, su trágico destino en el pasado, las grandezas de las hazañas históricas de sus pueblos, un país así tiene su propio camino hacia la civilización del siglo XXI, su propio lugar en ella».

La esperanza de Gorbachov es una apuesta por el futuro, pero en la herencia de un país de historia y de revolución autocráticas la falta de cultura democrática constituye una hipoteca que ha impedido en Rusia una transición clásica hacia cotas crecientes de libertad.

Es dudoso que en la Unión Soviética haya cristalizado una fórmula especial de socialismo. La falta de libertad ha resultado claramente contradictoria con los

⁹¹ *Ibidem*, p. 215.

⁹² Gorbachov, M.: *Memoria de los años decisivos*. *op. cit.* p. 281.

textos teóricos. Una vez y otra lo señalaban, arrojando los riesgos de una sociedad represiva, los más lúcidos intelectuales. En «El Doctor Jivago» ponía Boris Pasternak como balance, al final de la narración, en las reflexiones de uno de los personajes la expectación que había despertado el final de la gran guerra patria y la decisión de seguir esperando el cambio: «La victoria no había traído ni la luz ni la libertad que esperaban para después de la guerra, como habían pensado. Pero esto no tenía importancia: el presagio de la libertad estaba en el aire, en los años de la posguerra, y constituía todo su contenido histórico»⁹³.

En la bibliografía copiosa que ha estudiado este proceso histórico trascendental no hemos visto se haya señalado en su dimensión adecuada que se trató de una ideología bélica, y no queremos con ello simplemente decir que conquistara el poder durante una guerra o que las contiendas internacionales jalonaran su decurso posterior, sino que en un sentido más profundo se trató de una ideología en guerra ininterrumpida, porque en su dinámica la revolución permanente supone una tensión o un conflicto permanente. El comunismo ruso sólo podía vivir en guerra con el enemigo exterior, y cuando se está en guerra se exige unanimidad en el interior, de ahí que el discrepante sea un enemigo dentro de casa contra el que es lícito emplear los más severos procedimientos coactivos. El comunismo se alimentó en la lucha contra los enemigos de fuera y los de dentro. El viraje de Stalin en 1929 al poner fin a la N.E.P. y programar la colectivización suscitó resistencias, que desencadenaron una hecatombe demográfica al asumir el régimen sus perfiles más severos. Siguiendo la cronología de los hechos se suele interpretar que fue la resistencia campesina la que transformó el régimen, pero con la apertura de los archivos soviéticos la documentación estudiada y en parte publicada nos induce a invertir la secuencia, porque la política fagocitócica de Stalin de exterminio de la disidencia estaba propugnada desde mucho antes. En los Apéndices de la monografía de Michal Raiman se incluye una carta de Stalin fechada el 11 de noviembre de 1927 y dirigida al Comité Central en los siguientes términos: «El interés del Partido exige que la Oposición, en el momento actual, después de toda la paciencia de que hemos dado muestra, sea definitivamente liquidada»⁹⁴. En ese momento no había conflicto exterior. Se vivía el espíritu de concordia de Locarno, la economía mundial pasaba por el espejismo de un crecimiento eufórico y Briand había lanzado en Estados Unidos su propuesta de paz perpetua, que cristalizaría al año siguiente en el pacto Briand-Kellogg de renuncia a la guerra. Ajeno a la bonanza internacional Stalin buscaba enemigos dentro.

Que la guerra era la sangre del régimen no fue comprendido cabalmente por Gorbachov cuando lanzó el «Nuevo Pensamiento» y puso final a la guerra fría. Sin guerra fría, sin enemigo, el sistema no tenía razón de ser y se deterioró irremisiblemente.

⁹³ Pasternak, Boris L.: *El Doctor Jivago*. Barcelona, Noguer, 1959, p. 590.

⁹⁴ Raiman, M.: *El nacimiento del estalinismo*. Barcelona, Crítica, 1982, p. 222.

Este esencialismo bélico puede explicar otra nota singular. La estatificación de los medios de producción en un modelo económico de planificación burocrática, alejada salvo en Yugoslavia de cualquier ensayo de autogestión obrera, representó una modalidad peculiar de capitalismo de Estado. Una modalidad donde existía un solo capitalista, el Estado, con todos los inconvenientes del monopolio en términos de rentabilidad del trabajo y de modernización tecnológica. Puede parecer una «boutade», pero esta idea, que alguna vez hemos apuntado, ha sido recogida en alguno de los ensayos de Taibo y emerge ya en algunas versiones. Anotemos la dependencia absoluta del Estado de todos los trabajadores, uncidos a una disciplina castrense, sin opciones para cambios de residencia no autorizados, espoleados por campañas de propaganda orientadas hacia una producción máxima de recursos bélicos, mientras se desdeñaba la de los bienes básicos de los ciudadanos, la vivienda entre ellos. Leamos un texto cuya intensidad descriptiva es evidente:

«Los obreros, bajo el capitalismo de Estado, se convirtieron en los esclavos del Estado opresor. Se les privó del derecho de huelga, se les movilizó y militarizó. El que se declaraba contrario a la guerra era condenado por alta traición. En muchos países los obreros perdieron el derecho de libre elección de trabajo y del lugar de residencia. El «libre» proletario asalariado se convirtió en propiedad del Estado»⁹⁵.

Aunque pudiera aplicarse a la realidad soviética, no es un párrafo de un crítico; no corresponde a una página de Daniels o Laqueur, ni a alguna más reciente de Brzezinski o Malia. Ni describe Rusia. Es un escrito de Bujarin, de octubre de 1919, y se refiere a la metamorfosis del capitalismo en la «guerra imperialista» que había finalizado once meses antes. Según Bujarin al socaire de los imperativos de guerra el capitalismo esclaviza a los trabajadores. Quizás en esa situación extrema debemos olvidarnos si hablamos de capitalismo o de socialismo, porque los efectos sociales son los mismos. Por eso insistimos en nuestra propuesta de que no se comprende el comunismo al margen de la guerra.

La víctima universal fue la libertad. Alexander Gerschenkron, intérprete estelar del proceso de modernización económica de la Rusia zarista, en un comentario sobre «El Doctor Jivago» reconocía la grandeza moral del intelectual (Jivago/Pasternak), que se negó a tener su lengua atada por la autoridad, proclamando «la eterna verdad de que el genio creador es tan inseparable de la libertad como la vida humana lo es de la respiración que la mantiene»⁹⁶.

⁹⁵ Bujarin, N. : *El ABC del comunismo*. Argentina, El Yunque, s.a. p. 130.

⁹⁶ Gerschenkron, A.: *op. cit.* p. 365.